



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
SISTEMA DE UNIVERSIDAD ABIERTA Y
EDUCACIÓN A DISTANCIA



“BLACK VENUS DE ANGELA CARTER”

TRADUCCIÓN COMENTADA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADA EN LENGUA Y LITERATURAS MODERNAS
(LETRAS INGLESAS)

PRESENTA

ROSSANA MARÍA SILVA HERNÁNDEZ

ASESOR:

DR. GABRIEL ENRIQUE LINARES GONZÁLEZ

SUA'ED

MÉXICO, D. F.

2012



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DEDICATORIA

Dedico este trabajo a **Dios** todo poderoso, quien me ha brindado salud y sin cuya guía espiritual esto no hubiera sido posible.

A mi mamá, **Ana María Hernández Zárate**, hermosa mujer, guerrera y cariñosa quien me brindó todo su amor. Eres mi ejemplo a seguir, siempre te llevo en mi corazón. Te amo, gracias mamita linda.

A mi papá, el **Dr. Rodolfo Silva Quiroz**, gracias por tu apoyo, me recuerdas todos los días el compromiso que tengo para avanzar con responsabilidad y persistencia.

A mi hijo **Héctor**, mi niño, quien con su sonrisa, alegría y amor me demuestra que vale la pena vivir y por quien quiero ser cada día mejor. Para ti este logro. Te amo bebé.

A **Alfredo**, el amor de mi vida, por quien siento un profundo amor, respeto y admiración. Gracias por tu apoyo, cariño y paciencia. Te amo papi.

A mis hermanos, **Rodolfo, Javier, Lucy, Quique y Ricardo**. Los quiero mucho, gracias por ser mis hermanos.

A mis maravillosos sobrinos, **Rudy, Axel, Edson y María Fernanda Silva**. Que Dios los bendiga hoy y siempre. Los quiero mucho.

A mis Profesores y en especial al **Dr. Gabriel Enrique Linares González** quien fue una fuente fundamental de mi desarrollo y quien con su sabiduría me guió y me brindó su ayuda y amistad incondicional. Mil gracias.

A **Rubén Blades**, quien con su música y poesía me acompañó y me alentó en mis noches de desvelo para ser mejor persona y a no perder la esperanza.

Rossana

Índice

Capítulo 1. Biografía de Angela Carter.	1
Capítulo 2. Trascendencia del cuento "Black Venus" y caracterización de Jeanne Duval.	4
Capítulo 3. Lineamientos, equivalencias y problemas de Traducción.	21
Capítulo 4. Traducción "La Venus Negra".	27
Bibliografía	58
Anexo 1: Original del cuento 'Black Venus'.	

Capítulo 1. Biografía de Angela Carter.

Angela Olive Stalker (1940-1992), nació en 1940 en Eastbourne (Sussex, Inglaterra). El apellido Carter lo tomó de su primer esposo Paul Carter, con quien se casó en 1960.

Angela Carter comenzó su carrera literaria a los diecinueve años trabajando como periodista en el Croydon Advertiser. En 1965 escribió su primera novela titulada *Shadow Dance*. Durante su vida viajó por todo el mundo, vivió durante dos años en Tokio, donde escribió sus obras *Nine Profane Pieces*, *The Infernal Desire Machines of Doctor Hoffman* en 1972 y *Fireworks* en 1974. Carter viajó por Estados Unidos, Europa y Asia. Estas experiencias tuvieron una gran influencia en sus obras posteriores, entre las que encontramos novelas, artículos y antologías. Entre sus novelas destacan *Shadow Dance*, *The Magic Toyshop*, *Heroes and Villains*, *Several Perception*, *The Donkey Prince*, *Miss Z* en 1970, *Love*, *The Music People*, *Moonshadow*, *Nights at the Circus*, *Artificial Fire*, *Wise Children* y *Sea-Cat & Dragon King* la cual fue publicada en el año 2000, ocho años después de su muerte.

En 1977 empezó a trabajar como lectora en varias universidades de Inglaterra, Estados Unidos y Australia. En la Universidad de Bristol estudió autores de la literatura

inglesa como Shakespeare, Coleridge, Chaucer, Lawrence, Wordsworth, Blake, Woolf, Dickens, Keats, Stoker y Carroll. Angela Carter tuvo la oportunidad de estudiar a autores como De Sade y Bataille y sus conceptos sobre sexualidad, estudió también a Irigaray y a Simone de Beauvoir (*The Second Sex*) por sus teorías feministas y a Roland Barthes y Gerard Genette (*Palimpsestes*) por sus estudios sobre la intertextualidad y el análisis de los textos.

Entre los periódicos para los que Carter publicó algunos de sus artículos destacan *The Guardian*, *New Statesman* y *The Independent*. Angela Carter también publicó literatura que no pertenecía al género de la ficción, por ejemplo, *The Sadeian Woman e Ideology of Pornography* en 1978, *Nothing Sacred* en 1982 e *Images of Frida Kahlo* en 1989. Entre las antologías que Angela Carter escribió destacan *Expletives Deleted* en 1974, *The Bloody Chamber, Comic and Curious Cats, American Ghosts, Old World Wonders, Burning Your Boats y Black Venus* en 1985.

En el contexto cultural en el que Angela Carter vivió, recibió la influencia directa del pensamiento feminista. Esta influencia está claramente reflejada en su obra. En la colección de cuentos *The Bloody Chamber and other stories* escrita en 1979, Angela Carter refleja su perspectiva feminista de algunos cuentos de hadas como

Barbazul, Caperucita Roja y El gato con botas. En general la obra de Angela Carter está cargada de sensualidad, pasión, ironía y parodia, y tiene como característica principal la presentación de mujeres que se convierten en las verdaderas protagonistas de todas sus obras.

Dos de sus obras han sido llevadas al cine: *En compañía de lobos* en 1984 y *La juguetería mágica* en 1987. En el año de 1991 le diagnosticaron cáncer de pulmón. Angela Carter murió en 1992. De su producción literaria destaca el cuento "Black Venus", objeto de estudio de este proyecto.

El inigualable e innovador estilo narrativo de Angela Carter, las caracterizaciones que da a sus heroínas dotándolas de conciencia, habilidades y virtudes y el uso constante que hace de referencias intertextuales le permite entretener historias como "Black Venus", la cual analizaré en los siguientes capítulos.

Capítulo 2. Trascendencia del cuento "Black Venus" y caracterización de Jeanne Duval.

De acuerdo con Genette, la trascendencia de un texto reside en la relación que éste pueda tener con otros textos, es decir su relación transtextual.¹ La trascendencia de "Black Venus" reside en parte en que este cuento es producido a partir del poema "*Sed non Satiata*" escrito por el poeta francés Charles Baudelaire. En terminología de Genette, la relación transtextual entre ambas obras sería de hipertextualidad, término que él define como cualquier relación en la que se une un texto "B" (el hipertexto) a un texto anterior "A" (el hipotexto), resumido de la siguiente manera: un texto derivado de otro texto preexistente. Tomando en cuenta la terminología de Genette, "*Sed Non Satiata*" es el hipotexto y "Black Venus" el hipertexto, a esta relación Genette la denomina "transformación", donde sin el texto "A" el texto "B" no existiría. A partir de la relación que existe entre ambos textos, en el análisis que realizaré me centraré principalmente en la caracterización que Angela Carter realiza de Jeanne Duval dotándola de conciencia, habilidades, defectos y virtudes, logrando así retratarla como una mujer común y corriente que es completamente diferente a la

¹ Genette, Gérard (1982) *Palimpsests Literature in the Second Degree*. Editions du Seuil. (Translation 1997 by the University of Nebraska Press)

caracterización de aquella en "*Sed non Satiata*", en donde Charles Baudelaire la caracteriza de una manera ideológica.

A continuación se ofrece la versión original en francés del poema *Sed non satiata* y la traducción al español, de la autora de este trabajo.

Sed non satiata

Bizarre déité, brune comme les nuits,
 Au parfum mélangé de musc et de havane,
 Oeuvre de quelque obi, le Faust de la savane,
 Sorcière au flanc d'ébène, enfant des noirs minuits,

Je préfère au constance, à l'opium, au nuits,
 L'élixir de ta bouche où l'amour se pavane;
 Quand vers toi mes désirs partent en caravane,
 Tes yeux sont la citerne où boivent mes ennuis.

Par ces deux grands yeux noirs, soupiraux de ton âme,
 Ô démon sans pitié! verse-moi moins de flamme;
 Je ne suis pas le Styx pour t'embrasser neuf fois,

Hélas! et je ne puis, Mégère libertine,
 Pour briser ton courage et te mettre aux abois,
 Dans l'enfer de ton lit devenir Proserpine!

Les Fleurs du Mal, Charles Baudelaire

Sed no saciada

Extraña deidad, morena como las noches
 en cuyo perfume se mezcla el almizcle y el tabaco
 obra de algún obí, Fausto de la llanura,
 bruja de flancos de ébano, niña de las medias noches.

Yo prefiero a la constancia, al opio, a las noches,
 el elixir de tu boca donde el amor se pavonea;
 cuando hacia tí mis deseos parten en caravana,
 tus ojos son el pozo donde beben mis hastíos.

Por esos dos grandes ojos negros, ventana de tu alma,
 ¡Oh, demonio sin piedad! vierte fuego en mí;
 Yo no soy Estigia para abrazarte nueve veces.

¡Ay de mí! no puedo, Megara libertina,
 para quebrar tu fuerza y acorralarte
 en el infierno de tu cama, convertirme en Proserpina.
Las Flores del Mal, Charles Baudelaire

Antes de analizar la caracterización del personaje de Jeanne Duval en "Black Venus", es importante tomar en cuenta la caracterización que de ella hace Charles Baudelaire en *Sed non satiata*.² Al reflexionar sobre el significado de las primeras palabras del poema se detecta a primera vista que se trata de una alabanza, ya que Baudelaire se refiere a Duval como "deidad"; sin embargo, existe claramente una oposición, antítesis, y un fuerte contraste entre las imágenes que Baudelaire utiliza para describir a Jeanne Duval; al alabarla llamándola "deidad", la hace parecer divina y en este sentido la convierte en un ser perfecto; sin embargo, en los siguientes versos, el poeta la llama "bruja", "obra de algún obí", insinuando que Duval es el resultado de una brujería o magia africana, actividad que practicaban los negros de las Antillas y Guayana británicas. En el poema existen también algunos elementos e imágenes que usualmente asociamos con lo infernal, por ejemplo: "demonio", "fuego", "infierno", "Fausto" y "Estigia".

² Sed non satiata. Casi toda la poesía erótica de Charles Baudelaire está motivada por Jeanne Duval, ella es el objeto de sus deseos más intensos, es por ello que se sabe que este poema se refiere a Jeanne Duval.

Recordemos que Fausto, en la obra de Goethe es tentado por el demonio, Mefistófeles, con la promesa de darle felicidad y goces terrenales a cambio de su alma. "Estigia" en la mitología griega era un río que constituía el límite entre la tierra y el mundo de los muertos, el Hades, al que circundaba nueve veces. En estos puntos sobresale el lado oscuro de la relación que el poeta mantiene con Duval.

Baudelaire refleja cierta contradicción en sus sentimientos, pareciera que no comprende con claridad lo que Duval le inspira. Por un lado, refleja su gusto por ella y por otro lado, refleja que existe cierto peligro en su relación. En los siguientes versos también se detecta claramente la oposición de imágenes entre la palabra "caravana", la cual hace alusión a un lugar donde no hay agua y la alusión de la palabra "pozo", es decir, al agua contenida en ella. Esta última imagen está estrechamente ligada al título del poema, ya que por medio de la siguiente metáfora el poeta afirma: "...tus ojos son el pozo donde beben mis hastíos..." en donde los "ojos" de Duval representan el placer de los sentidos del poeta y los "hastíos" hacen alusión a su aburrimiento o cansancio, que halla su alivio en esos ojos.

Los versos 4, 5, 6, 7 y 8 reflejan la fuerte atracción física que el escritor siente por Jeanne Duval y la caracterizan como una mujer sensual y erótica:

*Yo prefiero a la constancia, al opio, a las noches,
el elixir de tu boca donde el amor se pavonea;
cuando hacia ti mis deseos parten en caravana,
tus ojos son el pozo donde beben mis hastíos.*

La palabra "elixir" sin embargo, está asociada nuevamente con las pociones o sustancias que utilizaban las brujas "obí". En la penúltima estrofa del poema es muy importante señalar que se emite una súplica:

...¡Oh, demonio sin piedad! vierte fuego en mí;...

e inmediatamente después expresa la siguiente lamentación:

*¡Ay de mí! no puedo Megara libertina,
para quebrar tu fuerza y acorralarte
en el infierno de tu cama, convertirme en Proserpina.*

Recordemos que en la mitología griega Proserpina fue raptada y poseída por Plutón, quien era el gobernante del inframundo grecorromano. Así, Proserpina se convirtió en la reina del Hades. La importancia radica en que la súplica refleja cierto sentimiento de inferioridad por parte del poeta, pues al desear ser él la "Proserpina" se caracteriza como débil dado que muestra su incapacidad e incompetencia para ser el poseedor y entonces se convierte en el poseído. Por medio de esta serie de oposiciones, Baudelaire logra crear a una Jeanne Duval aparentemente poseída, deseable y

peligrosa a la vez; refleja la atracción sexual que siente por ella, parece ser que la considera el punto medio que existe entre la oscuridad y la luz.

Siguiendo con el análisis, ahora me centraré en la caracterización que hace Angela Carter de Jeanne Duval, para lo cual me apegaré a los conceptos sobre literatura en segundo grado de Gerard Genette y los conceptos sobre narratología de Manfred Jahn. Existe para Genette un tipo de transformación literaria en donde se narra una historia con un sentido diferente a la del hipotexto. La transformación seria o trasposición es considerada por Genette como la más importante de todas las prácticas intertextuales³, el objetivo de esta práctica viene del alcance y la variedad de sus manifestaciones, una de éstas es la trasposición temática, cuyos recursos son la expansión diegética, la cual identificamos por medio de la información adicional que el narrador expresa a lo largo de la historia como descripciones detalladas sobre la vida de los personajes, sus habilidades, capacidades, sentimientos y pensamientos; por ejemplo:

“De hecho, creo que ella nunca se tomó la molestia de morder una manzana. No hubiera sabido para qué era el conocimiento, o ¿sí? No se encontraba en un estado ni de inocencia ni de gracia. Les diré cómo era Jeanne.[...]”

³ Genette, Gérard. (1982) *Palimpsests Literature in the Second Degree*. Editions du Seuil. (Translation 1997 by the University of Nebraska Press)p. 212
[...]De ahora en adelante cada vez que cite de esta forma, me refiero a mi traducción.

Otro recurso es el de las intervenciones extradiegéticas del narrador, por medio de las cuales éste es capaz de manejar el tiempo de la diégesis y el espacio en el que se mueven los personajes, por ejemplo: "... Véanla ahora, en sus años de deterioro, todas las mañanas vestida de decente negro, apoyándose un poco en su bastón con majestuosidad como sólo quien se ha escapado de la boca del león puede hacerlo.[...]" Otro recurso es el del "flashback", el cual contribuye a una extensión significativa en la historia por medio de la amplificación de información.

En "Black Venus", Angela Carter da detalles sobre la vida pasada de Jeanne Duval hablando de su nacimiento y sus orígenes, por ejemplo:

"Jeanne no puede recordar a su propia madre y su abuelita la cambió por un par de botellas con una compañera de a bordo, un trato del cual su abuelita decía estar satisfecha porque Jeanne ya se estaba metiendo en problemas, ya su ropa no le quedaba y comía muchísimo.[...]"

Jeanne Duval existió en realidad, aunque se conocen muy pocos detalles sobre su verdadero origen. En "Black Venus", Angela Carter no sólo otorga a Duval características individuales, las cuales se desarrollan en este capítulo, sino que también completa su biografía reinventando su vida antes y después de la relación que mantiene con el poeta: "...era una pura niña de la colonia...", "... Su mamá huyó con los

marineros y su abuelita la cuidaba.[...]” Angela Carter lee desde otro punto de vista al escritor Charles Baudelaire y lo refleja al caracterizar a Duval de una manera muy peculiar, dando a la historia un toque irónico y controvertido.

El cuento inicia con la descripción de un paisaje otoñal, aparentemente la voz que la realiza pertenece a algún personaje que está presente en la historia: “... en estas tardes, se ve todo como si los ojos fueran a romper en lágrimas.[...]” Sin embargo, antes de que el primer párrafo finalice, la voz narrativa presenta a un personaje en tercera persona: “...Aunque ella no conoce el significado de la palabra ‘arrepentimiento’, la mujer suspira, sin razón precisa.[...]” Ahora bien, en el tercer párrafo, existe un giro en la orientación narrativa en cuanto a tiempo se refiere, la voz narrativa da un salto hacia el pasado:

“La guanábana de su apestoso Edén, ella, esta desolada Eva, mordió - y de repente se transportó aquí, como en un sueño; y sin embargo, ella es todavía una *tabula rasa*...”, “...Les diré cómo era Jeanne.[...]”

Al relatar un hecho del pasado es posible que la voz narrativa no sea un personaje que está dentro de la historia; a este tipo de narrador Genette lo denomina heterodiegético: “... In a heterodiegetic narrative, the story is told by a (heterodiegetic) narrator who is not present as a character

in the story. "The prefix 'hetero' alludes to the 'different nature' of the narrator's world as compared to the world of the action..."⁴.

Ahora bien, ya que la voz narrativa se está refiriendo a una tercera persona como en el siguiente ejemplo: "...Pensando resueltamente en su buena suerte, le mostró las manos a su amado, le mostró sus dientes[...]", y la acción de la que habla sucedió en el pasado, es muy probable que se trate de una típica narración autorial. De acuerdo a Manfred Jahn⁵, en una narración autorial, normalmente la voz narrativa utiliza en su relato la tercera persona, el ángulo de su visión es externo a la diégesis, se relata un hecho pasado y además goza de una situación de privilegio desde donde lo sabe y lo ve todo respecto a la historia y a los personajes, lo que lo hace omnisciente: "...ella era una conocedora de las más exquisitas humillaciones pero siempre había sido demasiado pobre como para ser capaz de darse el lujo de reconocer una humillación como ésa.[...]" En este ejemplo, la palabra "humillaciones" es indicadora de que la voz narrativa conoce los sentimientos del personaje, su interior, es decir, nos narra lo que el personaje experimentó. De acuerdo con la

⁴ Manfred, Jahn. 2003. *Narratology: A Guide to the Theory of Narrative Part III of Poems, Plays and Prose: A Guide to the Theory of Literary Genres*. English Department. University of Cologne. Version 1.7. <http://www.uni-koeln.de/~ame02/ppn.htm> N.3.3.1

⁵ Ibid.

Regla de Lanser,⁶ la cual establece que en la ausencia de pistas contenidas en el texto para saber quién es el narrador, se utiliza el pronombre apropiado y el sexo del autor. Para referirnos a la entidad que enuncia "Black Venus" usaremos el término "narradora".

En el desarrollo del cuento, se detectan ciertas expresiones en donde la narradora penetra en la subjetividad de los personajes, como:

"Se preguntaba la diferencia que había entre bailar desnuda frente a un solo hombre que pagaba y bailar desnuda frente a un grupo de hombres que pagaban. Tenía la impresión de que, en algún lugar de esa diferencia, se encontraba la moral.[...]"

De acuerdo a Manfred Jahn⁷, este elemento específico, en donde la voz narrativa domina la conciencia de los personajes, nos ayuda a confirmar que ésta no pertenece a un personaje. Como se comentó anteriormente, el ángulo de visión que adopta la narradora es desde fuera de la historia y es capaz de manejar perfectamente el tiempo de la diégesis y la conciencia de los personajes, a lo que Genette denomina focalización cero: "The authorial narrator's comprehensive ('Olympian') world-view is particularly suited to reveal the protagonists' moral strengths and weaknesses, and to present

⁶ Ibid.

⁷ Ibid.

a tightly plotted narrative";⁸ es decir, el narrador conoce los sentimientos más íntimos de sus personajes, el tiempo y el espacio donde se mueven, hace comentarios, reflexiones y tiene la capacidad de estar siempre listo para intervenir entre el lector y la historia.

Considerando que en este cuento la perspectiva de la narradora en relación con los personajes, el tiempo y el espacio es absoluta, podemos observar que toma ventaja de su posición y entonces presenta a Jeanne Duval desde su punto de vista, otorgándole ciertas características individuales que la hacen ver como una mujer común y corriente y no como la diosa idealizada por Baudelaire:

"Pero, en estos días, enfriada por la escarcha y enfurruñada, ella no es mascota ni minino; se parece más a un viejo cuervo con plumas atrofiadas, acurrucado miserablemente cerca del fuego humeante que ella atiza con palos rencorosos. Tose y refunfuña, siempre tiene frío, hay siempre una corriente de aire que roe la parte trasera de su cuello o le pellizca sus tobillos.[...]"

Las constantes referencias que hace Angela Carter a la personalidad de Jeanne confirman lo anterior.

Desde el principio de la historia, Angela Carter describe a Duval como una "*tabula rasa*", una mujer primitiva que no posee conocimiento alguno, sin embargo, esta condición no le afecta: "No hubiera sabido para qué era el

⁸ Ibid.

conocimiento, ¿o sí?[...]” Realmente el pasado turbulento del origen de Jeanne Duval es una fuerte motivación para que ésta actúe como lo hace. Las decisiones que Duval toma, parecen ser las más acertadas. Forzada por su pobreza, Duval toma la decisión de vivir con Charles Baudelaire: “a los dieciséis, ella no podía imaginar más ambición que el ser mantenida; es decir, ser alejada de las calles.[...]”, la palabra “forzada” en la cita anterior, nos hace de alguna manera simpatizar con el personaje, pues comprendemos que la situación que Duval vivía era difícil y no porque ella lo hubiera decidido así, y entonces se le puede considerar una víctima más del imperialismo francés: “Había sido privada de la historia, era una pura niña de la colonia. La colonia, blanca, imperiosa, la había protegido.[...]”. A pesar de que Angela Carter describe la relación de Duval y Baudelaire como una forma de prostitución, Carter dota a Duval de cierta ética moral: “...Ella no era una chica mala. Cuando dormía con papi, nunca dejaba pagar a los otros.[...]”

Se puede deducir que el aproximamiento que existe entre la narradora y el personaje de Jeanne Duval es considerable, pues la primera conoce los sentimientos más íntimos de Jeanne, el tiempo y el espacio donde ella se mueve. De aquí que es muy probable que el objetivo de Carter sea el de mostrar a una Jeanne Duval diferente a la caracterizada en el

poema "*Sed non Satiata*", pues en "Black Venus" parece ser que Carter desvirtúa la visión idealizada de Charles Baudelaire de lo exótico; la diosa y la mujer poseída del poema de Baudelaire es muy diferente a la mujer que Angela Carter reinventa y desposee. También es probable que el propósito de Carter haya sido el de romper con cualquier teoría en la que se estereotipara a las mujeres de color como seres primitivos e ignorantes, pero exóticos y fascinantes a la vez, pues Jeanne Duval era una de ellas.

En contraste con las características individuales que Carter otorga a Jeanne Duval, se puede observar cómo Carter retrata a Baudelaire como un soñador empedernido: "Amor, amor, déjame regresarte a donde perteneces, regresarte a tu isla encantadora y perezosa en donde el loro con joyas se mece en el árbol esmaltado y puedes mascar la caña de azúcar entre tus fuertes dientes blancos, como lo hacías cuando pequeña, nena.[...]" Lo retrata también como un bohemio de París: "... Una vez, antes de que ella se convirtiera en una concubina, él y un grupo de bohemios se las ingenieron para raptársela a los clientes del cabaret, se la llevaron; primero protestaba, después lo tomó a risa y deambularon por las calles durante la madrugada.[...]" La narradora incluso pone en tela de juicio la habilidad que el poeta posee para formular metáforas: "... Él dijo que ella bailaba igual que una

víbora y ella dijo, las víboras no pueden bailar: no tienen piernas.[...]”. Asimismo, Carter contrasta la personalidad soñadora de Baudelaire con la realidad banal al presentar el aroma de Jeanne como un efecto producido por la cocina y no porque dicho olor sea una cualidad natural en ella:

“El joven hombre inhala el aroma del aceite de coco que ella se unta en el pelo para hacerlo brillar. Su marcado romanticismo transforma este olor hogareño de la cocina caribeña en el perfume del aire de aquellas islas tropicales de las que él puede algunas veces convencerse de que son las tierras felices que añora.[...]”

Existe un fuerte contraste entre lo natural y lo cultural, el cual es reflejado cuando Carter narra irónicamente la conexión que hay entre Duval y Baudelaire, ya que hace una comparación entre la “cultura” a la que Baudelaire pertenece y la “naturaleza” a la que Duval pertenece al caracterizar a Duval como una *tabula rasa*; mientras que a Baudelaire lo caracteriza como un hombre que pertenecía a una sociedad blanca, un artista, hombre de mundo, culto, siempre pulcro y bien vestido: “él debe conservar los estorbos públicos masculinos propios del siglo diecinueve: su levita (exquisitamente cortada); corbata color carmín e impecables pantalones.[...]” Al realizar el análisis del personaje de Baudelaire, nos damos cuenta de que la narradora no entra a la mente de éste, pone énfasis en revelar su lado oscuro, lo incluye en el ambiente producto de

la situación sociopolítica de la época: "...Él es astuto, es la creación de la cultura.[...]"; no lo excluye como un ser privilegiado, revela su condición de poeta soñador: "... aunque a él le gusta imaginar que ella tiene un hogar fantástico en el seno de un océano azul, él le impondrá un hogar lo tenga o no, no puede creer que esté tan desposeída como él.[...]" Lo opone a lo benévolo revelando su gusto por las drogas y sus deseos carnales: "...es un buen papito, le compra cositas, le da un trozo ocasional de hashish, la mantiene alejada de la calle..."; "...'Haz que se me pare,' dijo el poeta.[...]" Al revelar la atracción que Baudelaire siente por el placer carnal y las drogas, Angela Carter lo expone de cierta forma como un hombre de carácter ambiguo; esta condición es retratada en el poema "*Sed non Satiata*", en donde Baudelaire parece atraído con la misma fuerza por lo divino y lo diabólico al mismo tiempo.

Al citar al pintor francés Edouard Manet y el comentario que hace Carter sobre la pintura titulada '*Le Déjeuner sur l'Herbe*', sólo confirma el contraste que se presenta en la historia entre "natural" y "cultural":

"El hombre actúa y se viste para ello; su piel es asunto suyo. Él es astuto, es la creación de la cultura. La mujer es y está, por lo tanto, completamente vestida sin nada de ropa, su piel es propiedad común, es un ser que pertenece a la naturaleza en una simplicidad carnal.[...]"

En la pintura 'Le Déjeuner sur l'Herbe' de Manet se puede apreciar el bosque, dos hombres vestidos y conversando y a dos mujeres, una de ellas completamente desnuda y con la mirada fija hacia el frente como observando a algún posible espectador; la otra mujer lleva puesto un camisón blanco; ambas están en silencio. Este tipo de obras, en donde encontramos desnudos plasmados en las pinturas realizadas por artistas europeos principalmente, tienen en común que las figuras u objetos centrales han sido mujeres. De acuerdo con el libro de John Berger titulado *Ways of seeing*⁹, existen ciertos elementos que nos ayudan a comprender el significado de este tipo de pinturas, como puede ser la época en que fueron realizadas, su creador y el tema que se trabaja; mucho depende de ello la interpretación que se les pueda dar. En el caso de la obra de Manet es muy importante considerar el periodo de tiempo en el que éste realizó 'Le Déjeuner sur l'Herbe', ya que la realidad que enfrentaban las mujeres en esa época estaba marcada por razones sociales y políticas, pues las mujeres eran consideradas solamente como adornos, producto de la naturaleza. Es muy probable que Angela Carter haya tomado en cuenta estos elementos para sustentar su comentario; la opinión de los hombres de que las mujeres son

⁹ Berger, John (1985). *Ways of Seeing*. Chapter 3. British Broadcasting Corporation and Penguin Books.

criaturas naturales e incivilizadas creadas para darles
placer o atormentarlos.

Capítulo 3. Lineamientos, equivalencias y problemas de traducción.

De acuerdo a Genette, otro procedimiento de transformación es la transposición por traducción. El verbo latino *traducere* significa "hacer pasar de un lugar a otro"¹⁰, lo que puede entenderse como trasladar o transponer; en el caso de este proyecto, el verbo traducir correspondería a transponer un texto de un lenguaje a otro. Después de haber llevado a cabo este proyecto, considero que la actividad de traducir implica estudiar, investigar, analizar y conocer conceptos, contextos, historia y tendencias específicos; lo que conlleva a moverse o trasladarse en un determinado espacio por significados y sentidos que ya han sido establecidos en un texto de origen, para entonces transponer un texto de una lengua a otra o trasladarlo a otro tiempo y a otro espacio.

Tomando en cuenta que la historia de "Black Venus" se lleva a cabo a finales del siglo XIX en Francia, la traducción o traslado de esta historia al México de principios del siglo XXI presentó ciertos problemas de traducción por la falta de equivalencias o significados similares de algunas palabras. Resulta interesante en este punto aclarar el porqué se habla de equivalencias, ya que

¹⁰ Diccionario de la Lengua Española - Vigésima Segunda Edición.

este término no era considerado como término central en las primeras teorías de la traducción que surgieron a principios de los años sesentas, las cuales estaban más enfocadas a las estructuras gramaticales. Tal era el caso de la teoría del lingüista Eugene A. Nida, quien es reconocido por sus trabajos de traducción de la Biblia y quien en sus teorías de la traducción incluía conceptos solamente para lograr una buena transformación gramatical; sin embargo, en los años setentas el propio Nida consideró el término *equivalence* o *equivalent* esencial en cualquier definición de traducción. En Nida y Taber encontramos la siguiente teoría: "... Translating consists in reproducing in the receptor language the closest natural equivalent of the source language message, first in terms of meaning and secondly in terms of style..."¹¹ Dentro del ámbito literario a través de los años, el concepto "ser equivalente" ha variado considerablemente, ya que existen palabras que llevan consigo connotaciones y asociaciones que están íntimamente relacionadas al contexto más allá de su definición léxico gramatical.

En "Black Venus", por ejemplo, en las líneas "... the ship, the ship is waiting in the harbour baby. My monkey, my pussy-cat, my pet ... think how lovely it would be to live there ..." la palabra "pussy cat" tiene dos significados

¹¹ Nida, Eugene A. and Charles R. Taber. 1969. *The Theory and Practice of Translation*, Leiden: Brill, p. 12

implícitos: "gato" y "vulva". Es entonces necesario estar familiarizados tanto con la cultura original como con la del idioma en que se está traduciendo y con la forma en que las personas utilizan las palabras para saber qué significado dio la autora a dicha palabra. En este caso se debe interpretar la intención y el significado de la frase en que aparezca "pussy cat", por lo que se tiene que traducir no una palabra, sino el sentido de las palabras que forman la frase. Roman Jakobson asegura en su ensayo "On Linguistic Aspects of Translation"¹² que

...translation from one language into another substitutes messages in one language not for separate code units but for entire messages in some other language. Such translation is a reported speech; the translator recodes and transmits a message received from another source. Thus translation involves two equivalent messages in two different codes...

Angela Carter pudo elegir la palabra "pusycat" por lo que representa en su idioma. En español no existen connotaciones similares; es por eso que para explicar esta circunstancia se utilizó una nota a pie de página. Es importante tomar en cuenta que las culturas y hasta los idiomas varían con el transcurso del tiempo, por lo que la traducción se complica más. Es por esto que el contexto cultural y social es

¹² *Theories of Translation, An Anthology of Essays from Dryden to Derrida*, The University of Chicago Press, p. 146

importantísimo en la interpretación de cualquier obra; por lo que se puede suponer que el lenguaje y las palabras que se utilizan en una obra literaria no se consideran solamente como un instrumento de comunicación por medio de signos y señales para expresar ideas, sino también como una parte integral de la cultura. El Etnólogo norteamericano Ward H. Goodenough define el concepto de cultura de la siguiente manera:

...culture is the form of things that people have in mind, their models for perceiving, relating, and otherwise interpreting them. As such, the things people say and do, their social arrangements and events, are products or by-products of their culture as they apply it to the task of perceiving and dealing with their circumstances...¹³

Es por eso que la traducción varía de acuerdo a su cultura específica y de acuerdo también a la época que separa al contexto histórico en el que fue escrita del lector que la recibe en cuanto al tiempo y al lugar.

Los problemas que pueden surgir al traducir cualquier obra literaria no dependen solamente del origen del texto, ya que entran en juego el conocimiento y la percepción de los lectores a quienes va dirigida y que forman parte de cierta cultura. El texto es escrito de acuerdo a una situación

¹³ Snell-Hornby, Mary. *Transaltion Studies an Integrated Approach*, University of Zürich, 1988, p. 40

específica y por lo tanto está condicionada por su contexto sociocultural. En este sentido, la perspectiva o el punto de vista del narrador o del lector varía de acuerdo al contexto sociocultural en el que la obra literaria es escrita y en el que es recibida por los posibles lectores. Existe entonces la alternativa de que la traducción de cualquier texto original cambie su función al ser adaptada a las necesidades específicas de los posibles lectores. Se entiende también que al leer se interpreta y, según Borges en "Pierre Menard, autor del *Quijote*", leer es crear, pero de acuerdo a mi experiencia, al trasladar en un idioma lo que alguien más produjo en otro idioma, es importante ser leal a las ideas y ser fiel al texto que se traslada de principio a fin.

Existen teorías relevantes de la traducción; algunas de ellas se ajustan perfectamente a las situaciones que enfrenté al llevar a cabo este proyecto. En primera instancia, no estaba segura de lograr una traducción digna de la obra original sin dañarla ni alterarla considerablemente, pues había que lograr comunicar de la mejor manera posible el mensaje o sentido que la autora quiso de alguna manera transmitir al lector. Así que el objetivo de este proyecto más allá de trasladar "Black Venus" a otro espacio, a otro idioma y a otro tiempo, es el de reproducir pensamientos

mediante palabras que, aunque sean de distinto origen, logren que la obra de Angela Carter subsista en otro ámbito.

Capítulo 4. La Venus negra.

TRADUCCIÓN

Tristes; tan tristes, aquellas tardes de finales de otoño de color rosa ahumada, malva ahumada, tan tristes como para traspasar el corazón. El sol abandona el cielo entre capas sinuosas de nubes brillantes; la angustia entra en la ciudad, una sensación del más amargo arrepentimiento, una nostalgia de cosas que nunca conocimos, angustia por el final de año, el tiempo del anhelo impotente, la estación inconsolable. En Estados Unidos, la llaman "the Fall" [la caída]¹⁴, lo que trae a la mente la Caída del Hombre, como si el drama fatal del primigenio hurto de la fruta debiera repetirse una y otra vez, con regularidad cíclica, en la misma época de cada año en el que los estudiantes se disponen a robar los huertos, invocando así, en la imagen más cotidiana, a cualquier niño, a cada niño, al que, al serle ofrecida una opción entre virtud y conocimiento, siempre escogerá el conocimiento, siempre el camino difícil. Aunque ella no conoce el significado de la palabra "arrepentimiento", la mujer suspira, sin razón precisa.

Suaves serpenteos de neblina invaden los callejones, se levantan desde el lento río como exhalaciones de un espíritu

¹⁴ "La caída" en el sentido figurado, se refiere a la expulsión del Paraíso a causa de la primera transgresión.

exhausto, se filtran a través de las grietas de los marcos de las ventanas, de tal modo que hacen que los contornos del alto y solitario departamento titubeen y se derritan. En estas tardes, se ve todo como si los ojos fueran a romper en llanto.

Ella suspira.

La guanábana de su apestoso Edén, ella, esta desolada Eva, mordió... y de repente se transportó aquí, como en un sueño; y sin embargo, ella es todavía una *tabula rasa*. Nunca experimentó su experiencia como experiencia, la vida nunca amplió su conocimiento; en lugar de eso, se lo sustrajo. Si empiezas con nada, hasta eso te quitarán, eso dice la Biblia.

De hecho, creo que ella nunca se tomó la molestia de morder una manzana. No hubiera sabido para qué era el conocimiento, o ¿sí? No se encontraba en un estado ni de inocencia ni de gracia. Les diré cómo era Jeanne.

Era como un piano en un país donde a todos les habían cortado las manos.

En estos días tristes, en aquellos momentos melancólicos, cuando el cuarto se sume en el crepúsculo, él, en lugar de prender la lámpara, preparar unos tragos, crear un ambiente acogedor, insistía: "Amor, amor, déjame regresarte a donde perteneces, regresarte a tu isla encantadora y perezosa en donde el loro con joyas se mece en

el árbol esmaltado y puedes mascar la caña de azúcar entre tus fuertes dientes blancos, como lo hacías cuando pequeña, nena. Cuando llegemos ahí, entre las cadenciosas palmeras, bajo las flores moradas, te amaré hasta la muerte. Regresaremos y viviremos juntos en una casa con techo de paja y una veranda invadida por la vid en flor y una niña, con un vestido corto blanco y un moño de satín amarillo amarrado en su rizada colita de caballo, que agitará un enorme abanico de plumas sobre nosotros, revolviendo el lánguido aire mientras nos mecemos en nuestra hamaca, de allá para acá... el barco, el barco está esperando en el puerto, nena. Mi chimpancé, gatita mía¹⁵, mi mascota... piensa en lo maravilloso que sería vivir ahí..."

Pero, en estos días, enfriada por la escarcha y enfurruñada, ella no es mascota ni minino; se parece más a un viejo cuervo de plumas atrofiadas, acurrucado miserablemente cerca del fuego humeante que ella atiza con palos rencorosos. Tose y refunfuña, siempre tiene frío, hay siempre una corriente de aire que roe la parte trasera de su cuello o le pellizca sus tobillos.

¹⁵ "pussy cat". Es probable que la alusión a esta comparación radique en el significado que en inglés tiene esta palabra, pues esta palabra puede traducirse como "minino" o como "vagina".

Ir, ¿a dónde? ¡Ahí no! La deslumbrante playa amarilla y el severo cielo azul embadurnado de colores crudos y sin mezclar, extraídos directamente del tubo, donde las perspectivas son abruptas como el dibujo de un niño, donde los ojos duelen al mirar. Pueblos flotantes. Todo lo que hay que comer son plátanos verdes y camotes y una brocheta de correosa carne de cabra que masticar. Ella aparenta estremecerse dramáticamente, lo suficientemente fuerte para sacudir al ofendido gato de su regazo. De todas maneras odia al gato. No lo puede mirar sin querer estrangularlo. Le gustaría un trago. Con ron bastará. Enrosca un largo rollo de papel de un manuscrito abandonado que se encontraba en el cesto de la basura para prender una llama y encender su pequeño y apestoso cigarrillo negro¹⁶.

La noche entra con pies afelpados y nubes maravillosas que flotan suavemente a través de las ventanas, esas nubes espectrales del cielo nocturno que son inquietantemente visibles cuando no hay luz. El capricho del señor de la casa no ha dejado en paz las ventanas; había reemplazado todos los vidrios excepto los más altos con vidrios esmerilados, de tal modo que las personas que se encontraran en el interior de la casa pudieran tener una vista del cielo sin interrupciones como si estuvieran viviendo en la góndola de un globo, tal y

¹⁶ “black cheroot” (cigarrillo negro) se refiere al rollo de hojas de tabaco que se fuma.

como aquel en el que su amigo Nadar realizó ascensos triunfales.

Bajo la inspiración de una ráfaga de viento tal y como la que ahora agita las tejas arriba de nosotros, este agradable departamento con sus alfombras persas, su mesa de nogal en la cual los Borgia servían venenos, sus sillones tallados desde cuyas patas bulbosas sonríen y hacen muecas caras del *cinquecento*¹⁷, la superficie de falsos Tintoretos¹⁸ sobre las paredes (él es un incansable conocedor, pero todavía muy joven para tener ese sexto sentido que le dice a uno cuándo lo están engañando). Bajo la invitación de las misteriosas corrientes de los cielos, este bien construido camarote soltará los amarres que lo sujetan a la calle y despejará, partirá, se moverá bruscamente a través de la oscura bóveda de la noche, enredará una luna creciente, nacida muerta, entre sus cuerdas, golpeará una estrella en el despegue y nos depositará...

"¡No!" contestó ella. "¡No el maldito bosque del loro! ¡No me lleves por la ruta de los esclavos de regreso a las Antillas, por Dios!, y deja al maldito gato afuera, antes de que se cague sobre tu preciosa bokhara¹⁹."

¹⁷ "Cinquecento" es uno de los periodos artísticos más importantes del siglo XVI, surgió en Roma y es la segunda fase del movimiento conocido como Renacimiento.

¹⁸ "Tintoretto" Nombre con el que era conocido el pintor italiano Iacopo Robusti (por ser hijo de un tintorero de sedas).

¹⁹ "bokhara" Las mantas de Bokhara son alfombras originarias de Asia central tejidas a mano en una gran variedad de diseños.

Tienen esto en común, ninguno de los dos tiene un país de origen, aunque a él le gusta imaginar que ella tiene un hogar fantástico en el seno de un océano azul; él le impondrá un hogar lo tenga o no, no puede creer que esté tan desposeída como él... Sin embargo, se sienten como en casa solamente cuando contemplan el recorrido; ambos están esperando que un viento sople y los lleve a un lugar fantástico, una tierra feliz, lejos, muy lejos, la tierra de la tranquilidad encantada y del placer.

Ya con uno o dos tragos encima, ella deja de toser, se vuelve un poco más amigable, accede a desatarse el pelo y lo deja jugar con éste, como a él le gusta. Y su pereza nativa no significa mucho para ella porque es capaz de tumbarse, como en un trance vegetal, durante horas, durante días, en el sombrío cuarto al lado del fuego humeante; sin embargo, a veces lanza la colilla de su cigarrillo al fuego y se deja convencer de quitarse la ropa y bailar para papi quien, ella admite de mala gana cuando se ve presionada, es un buen papito, le compra cositas, le da un trozo ocasional de hashish, la mantiene alejada de la calle.

Noches de octubre, de frágiles lunas en forma de hoz, cuando oculta la tierra a la brillante cómplice de los asesinos bajo su sombra, para hacerlo todo más misterioso, en estas noches se podría decir que la luna era negra.

Este baile, que él tanto deseaba que ella interpretara y que había inventado especialmente para ella, consistía de una serie de poses voluptuosas que se sucedían una detrás de otra; era algo como lo que se hace en un privado de burdel, pero de buen gusto; él prefería que ella se moviera onduladamente con ritmo, en lugar de que brincara y sacudiera la pierna. A él le gustaba que llevara puestos todos sus brazaletes y cuentas cuando realizaba su baile; ella se vestía con la joyería ruidosa que él le había regalado, sólo bisutería, nada que ella pudiera vender o ya lo hubiera vendido. Mientras tanto, ella tarareaba una melodía créole²⁰; le gustaban las que tenían palabras picantes, y trataban sobre lo que la esposa del zapatero hacía en el carnaval o del tamaño de la herramienta de algún pescador legendario, pero papi no ponía atención a la canción que su sirena cantaba, él fijaba sus brillantes y veloces ojos negros en su piel decorada como si fuera tonto, auténticamente cautivado.

-“¡Tonto!”- dijo ella, casi con ternura, pero él no la escuchó.

Ella proyectaba una larga sombra sobre la luz del fuego. Era una mujer de una gran altura, del tipo de esas hermosas

²⁰ **Créole.** Se dice de los idiomas que han surgido en comunidades precisadas a convivir con otras comunidades de lengua diversa y que están constituidos por elementos procedentes de ambas lenguas. Se aplica especialmente a los idiomas que han formado, sobre base española, francesa, inglesa, holandesa o portuguesa, las comunidades africanas o indígenas de ciertos territorios originariamente coloniales. (Diccionario de la Lengua Española 22ª Edición)

gigantas que, cien años después, engalanarían los escenarios del Crazy Horse o del Casino de Paris portando una tanga de lentejuela y bisutería de oropel, divinamente alta, del color y la textura del ante. ¡Josephine Baker! Pero la vivacidad y la exuberancia nunca fueron cualidades de Jeanne. Un resentimiento adormecido hacía todo lo que no se pudiera comer, beber o fumar, es decir, quemar, era su principal característica. El consumo y la combustión eran sus vocaciones.

Ella mostró un mal humor sardónico durante el sexy baile dedicado a papito, mientras observaba los elaborados reflejos de todas las cadenas de cuentas de cristal que él le había dado persiguiéndolos por el techo aburrida y fascinada. Ella parecía una fuente de luz pero era una ilusión; solamente brillaba porque el fuego agonizante alumbraba los regalos que él le había dado. A pesar de que la estima de papi la hacía luminosa, la sombra de él la hacía más negra de lo que era, ésta podía eclipsarla enteramente. Si ella poseía en su interior un buen corazón o no, daba lo mismo; había sido educada en la Escuela de los Golpes Duros y bastantes golpes duros pueden sofocar el corazón de cualquiera.

Aunque Jeanne no era dada a la introspección, algunas veces, cuando caminaba alrededor del oscuro cuarto flotante

que tiraba de sus amarres, en un deseo de despegar en una búsqueda aérea por aquella amada Cíteres de los poetas, se preguntaba la diferencia que había entre bailar desnuda frente a un solo hombre que pagaba y bailar desnuda frente a un grupo de hombres que pagaban. Tenía la impresión de que, en algún lugar de esa diferencia, se encontraba la moral. Las tutoras en la Escuela de los Golpes Duros, es decir, otro grupo de prostitutas del cabaret, en donde, en su decimosexto verano, ella había croado silenciosamente estas mismas tonadas créole que ahora tarareaba, le habían dicho que había toda una gran diferencia y, a los dieciséis años, ella no podía imaginar más ambición que el ser mantenida; es decir, ser alejada de las calles. La prostitución era una cuestión de número; de ser pagada por más de una persona a la vez. Eso era malo. Ella no era una chica mala. Cuando dormía solo con papi, nunca los dejaba pagar. Era una cuestión de honor. Una cuestión de fidelidad (en estas suposiciones éticas estaba latente el nacimiento de la ironía, aunque su amante asumía que era promiscua porque era promiscua).

De todos modos, ahora, después de unas locas temporadas en las nubes con él, a veces se preguntaba si había jugado bien sus cartas. Si de todas maneras iba a tener que bailar desnuda para ganarse la vida, ¿por qué no podía bailar

desnuda por dinero contante y sonante y ganar suficiente para mantenerse? ¿Eh? ¿Eh?

Pero entonces, el solo pensar en organizar una carrera nueva la hacía bostezar. Arrastrándose alrededor de las dueñas de los burdeles y de los lugares donde se presentaban variedades populares y todo eso; ¡qué esfuerzo!. ¿Y cuánto pedir? Tenía solamente la más vaga noción de su propio valor.

Bailaba desnuda. Sus collares y aretes sonaban. Como siempre, cuando finalmente movía su trasero y empezaba a bailar, lo disfrutaba bastante. Se sentía casi afectuosa hacia él; la buena suerte de Jeanne consistía en que él era joven y guapo. La mala suerte era que sus finanzas eran inestables, el opio, los escritos; que él... pero, en 'que', la mente se le quebraba.

Pensando resueltamente en su buena suerte, le mostró las manos a su amado, le mostró los dientes - los molares ya debían estar negros y cortos, pero los puntiagudos caninos todavía eran blancos como los de los vampiros - y lo invitó a unirse a ella y bailar. Pero él nunca lo hacía, nunca. Temeroso de maltratar su camisa o estropear su cuello o cualquier otra cosa, aún borracho, aplaudía con ritmo. A ella le gustaba que lo hiciera. Sentía que demostraba su aprecio por ella. Después de unos tragos, ella olvidó completamente

el otro asunto, aunque ya se lo imaginaba, por supuesto. Las chicas dijeron algo sobre la horrorosa letanía de los síntomas, reunidas en el vestidor, con voces silenciosas, temerosas, mirando a hurtadillas al espejo adivinador, viendo, no sus caras rosadas, sino sus propios cráneos enrojecidos.

Cuando Jeanne estaba sola, con unos tragos encima frente al fuego, pensando en eso, la hacía estallar en una horrible carcajada de bruja, como si ya fuera la bruja en la que se convertiría disfrutando una broma macabra a expensas de la bonita, secretamente supurada cosa que todavía era. En la Noche de Walpurgis²¹, la bruja joven presumía a la bruja vieja: "Desnuda, sobre una cabra coloco mi fino cuerpo joven". ¡Cómo se rió la vieja bruja! "¡Te pudrirás!" Me pudriré, pensó Jeanne, y se rió. Esta risotada de enfermizo cinismo geriátrico le iba mal a una criatura hecha para el placer como Jeanne, pero ¿no era la sífilis el destino emblemático de una criatura hecha para el placer y el precio que se paga por la mezcla atroz de corrupción e inocencia que esta niña del sol trajo de las Antillas?

Por sí misma, vino limpia, llegó a París con nada peor que costras, desnutrición y herpes en su persona. De ahí que

²¹ Walpurgis se refiere a una festividad que se lleva a cabo en el centro y norte de Europa del 30 de abril al 1 de mayo.

fuera una broma de mal gusto que, algunos siglos antes del nacimiento de Jeanne, la Diosa Azteca Nanahuatzin²² hubiera vaciado una cornucopia de sillas de ruedas, lentes oscuros, muletas y píldoras de mercurio sobre los barcos de los conquistadores cuando transportaban su botín de bienes del Nuevo al Viejo Mundo; la venganza del continente violado, llevada a cabo en las camas de Europa. Jeanne inocentemente siguió el rastro de Nanahuatzin a través del Atlántico pero no trajo ninguna venganza erótica; había contraído el germen de su primer protector. El hombre en el que ella había confiado para alejarla de todo eso, ¡era el colmo!, excepto que ella era fatalista, era indiferente.

Se inclinó hacia atrás hasta la enorme piel de oveja negra, su pelo desatado derramado sobre la bokhara. Era una acróbata ágil; podía convertir su espalda en un arco iris caoba. (Noten sus grandes pies, enormes y fuertes manos, suficientemente capaces de haber sido manos de enfermera.) Si él era conecedor de la belleza, ella era una conecedora de las más exquisitas humillaciones, pero siempre había sido demasiado pobre como para ser capaz de darse el lujo de reconocer una humillación como ésa. Se toma lo que viene.

²² Nanahuatzin. El vocablo *Nanahuat* significa "mal venéreo" o "sífilis", que los españoles llamaron "bubas", y *zin* quiere decir "bubosito" o "pequeñas bubas". Según la mitología tolteca Nanahuatzin fue un dios que tuvo el coraje de lanzarle en la hoguera divina; de esa forma logro bajar a Mictán o el mundo subterráneo y se convirtió en dios del sol. Se le veneraba como el dios de las enfermedades venéreas. La montaña es considerada un lugar sagrado a donde realizaban peregrinaciones. <http://www.svcommunity.org/forum>

Arqueó su espalda tanto que un niño pequeño pudo haber corrido debajo de ella. La sangre invertida cantó en sus oídos.

De cabeza como estaba, podía ver, por el cristal más alto del ventanal del lado derecho, que él había dejado sin pulir, la luna en forma de hoz, tan perfecta como si estuviera pegada en el cielo. Esta luna era del tamaño de una uña cortada, se podía ver el vago contorno del resto de su superficie, oscurecida por la sombra de la tierra como si la tierra estuviera atrapada entre las brillantes puntas de las garras de la luna, y se podía decir que la luna sujetaba al mundo entre sus brazos. Una estrella excepcionalmente brillante suspendida de la púa inferior de una tirante correa invisible.

El gato color basalto, orgullo de la casa, habiendo concluido su paseo excretorio a lo largo del muelle, ahora gemía afuera de la puerta para ser admitido otra vez. El poeta dejó entrar al minino. El minino saltó a sus deseosos brazos y llenó el departamento con un feliz ronroneo. La chica tramaba estrangular al gato con sus largos y ágiles dedos de los pies pero, indulgente por el ejercicio de la sensualidad, rápidamente sonrió al verlo acariciar al gato con los mismos gestos, las mismas palabras cariñosas que él

utilizaba con ella. Jeanne perdonó al gato por su existencia; tenían mucho en común. Deshizo el moño de su espalda de un jalón y se tiró sobre la alfombra, frotando sus estirados tendones.

Él dijo que ella bailaba igual que una víbora y ella dijo, las víboras no pueden bailar: no tienen piernas, y él dijo, pero amablemente, eres una idiota Jeanne; pero ella sabía que él jamás había visto una víbora, nadie, que hubiera visto a una víbora moverse, - ese sistema rápido de golpes transversos, azotándose como un látigo, dejando detrás a una víbora rizada en la arena, terriblemente rápido - si él hubiera visto a una víbora moverse, nunca hubiera dicho algo así. Ella bufó y contempló sus pechos sudorosos; le hubiera gustado bañarse, además, estaba un poco preocupada por una persistente descarga vaginal que olía a ratones, algo nuevo, inquietante, horroroso. Pero: no agua caliente, no a esta hora.

-“Traerán agua caliente si pagas.”-

Ahora le tocaba enfurruñarse. Le dio por limpiarse las uñas otra vez. “Crees que no necesito lavarme porque no se me nota la mugre.”

Pero, incluso mientras lanzaba los primeros dardos de un furioso ataque con muchos arañazos que ella hubiera prolongado por un tiempo, una hora o más si hubiera estado de buen humor, perdía el gusto por éste. La atrapó una repentina indiferencia. ¿Qué importa? Todos vamos a morir. Ya estamos como muertos. Ella pegó las rodillas a la barbilla y se acomodó frente al fuego, mirando las brasas fijamente, ausente. Su cara fija en un sombrío resentimiento. El gato se movió a un lado silenciosamente, como si lo hiciera a propósito, dando a la escena un toque de *glamour* satánico, de tal modo que se podría imaginar que ambos sostenían conversaciones silenciosas con los demonios de las flamas. Sólo si el gato la dejaba en paz, ella lo dejaba en paz también. Estaban juntos, solos. Las preocupaciones individuales del gato y de la mujer eran de carácter tan privado que el poeta se sintió liberado y se retiró para curiosear entre las repisas de sus libros, aquellos raros y valiosos volúmenes, los opulentos misales, los incunables, aquellos libros adquiridos en tiendas especiales que provocaban maldiciones al abrir las portadas. Cultivaba su arduamente madura sexualidad hasta que ella estaba preparada para admitirla otra vez.

Él cree que ella es un cántaro de oscuridad; si él la sacude se derramará luz negra. Ella no es Eva sino la fruta prohibida y ¡él se la ha comido!

Diosa extraña, morena como la noche,
huelas a almizcle manchado de tabaco,
Un chamán te conjuró, un Fausto de la llanura,
Bruja de muslos negros, hija de la medianoche.

De hecho, el Fausto que la convocó del abismo del cual los ojos de Jeanne retienen la devastada memoria tiene que haber cambiado su alma por la presencia de ella; los labios de la Helena negra succionan la médula del espíritu del poeta, aunque ella no desea hacer tal cosa. Aparte de sus comidas y unos cuantos tragos, no tiene muchos deseos conscientes. Si ella fuera budista, estaría a la mitad del camino a la santidad porque desea tan poco, pero, desgraciadamente, está presionada todavía por las necesidades.

El gato maulló y se estiró. Jeanne despertó de su trance. Plegando otro soneto desmantelado para encender un nuevo cigarrillo negro, con su babero de cristal cortado tintineando, volteó hacia el poeta para pedirle un poco de dinero, con su inigualable voz medio escandalosa, medio mimada, la voz de un cuervo criado en miel, con su típico acento de las Antillas.

Nadie parece saber en qué año nació Jeanne Duval, aunque el año en que conoció a Charles Baudelaire (1842) está perfectamente registrado y las biografías de sus otras amantes, Aglaé-Josephine Sabatier y Marie Daubrun, están bien documentadas. Además de Duval, también usó los apellidos Prosper y Lemer, como si su nombre no importara. Su lugar de origen es un problema; los libros sugieren Mauricio, en el Océano Índico, o Santo Domingo, en el Caribe, se puede elegir de cuál de los dos lados del mundo. (Su país de origen es lo menos importante pero lo sería si ella hubiera sido un vino.) Se cree que es Mauricio por el hecho de que Baudelaire pasó algún tiempo en esa isla durante su viaje frustrado a la India en 1841. Santo Domingo, la Española de Colón, ahora la República Dominicana, con una historia turbulenta, colinda con Haití. Ahí Toussaint L'Ouverture encabezó una exitosa revolución de esclavos contra los Franceses dueños de plantaciones en el tiempo de la Revolución Francesa.

A pesar de que la esclavitud había sido abolida sin discusión a todo lo ancho de las posesiones francesas por la Asamblea Nacional en 1794, ésta fue reimpuesta por Napoleón en Martinica y Guadalupe, pero no en Haití. Estos esclavos no fueron emancipados sino hasta 1848. Sin embargo, las esposas africanas de residentes franceses normalmente eran liberadas junto con sus hijos, y los matrimonios inter-raciales eran

comunes. Surgió una clase media de criollos; a esta clase perteneció Josefina, quien se convirtió en Emperatriz de los Franceses cuando se casó con Napoleón.

Es poco probable que Jeanne Duval hubiera pertenecido a esa clase si hubiera venido de Martinica, lo cual es una posibilidad, ya que parece haber sido francófona.

Él escribió una nota en "Mon Coeur Mis a Nu" ["Mi corazón al desnudo"]: "Del odio de la gente hacia la belleza. Ejemplos: Jeanne y Madame Muller." (¿Quién era Madame Muller?)

Los niños en la calle le arrojaban piedras, tan alta y con el aspecto de bruja que tenía, cuando estaba ebria, y se tambaleaba con la vulnerable y cohibida dignidad del ebrio que siempre invita a burla, y, siempre, llevaba en la perpleja cabeza con su enorme, enredada capa de pelo tan orgullosamente como si llevara debajo de ésta una enorme jarra llena de todas las aguas del Leteo. Quizás él la encontró llorando porque los niños en la calle le estaban lanzando piedras, llamándole 'perra negra' o algo peor y salpicándole los hermosos holanes blancos de su crinolina con puñados de lodo que recogían de las cunetas donde pensaban que ella pertenecía porque era una prostituta que tenía el valor de hacerse notar al caminar a la tienda de la esquina

para comprar cigarrillos comunes o negros o ron con la nariz levantada hacia lo alto en el aire como si fuera la Emperatriz de todo el continente africano.

Pero era la Emperatriz destituida, realeza en el exilio, pues, ¿de toda la heterogénea riqueza de todos esos países no había sido desposeída?

Robada de las puertas de bronce de Benin; de los senos de hierro de las amazonas de la corte del rey de Dahomey; de la sabiduría esotérica de la gran universidad de Tombuctú; de la urbanidad de ciudades glamorosas desérticas ante cuyas paredes los jinetes daban vueltas, dando la bienvenida a la noche con trompetas dos veces más largas que sus propios cuerpos. La Abisinia de santos negros y leones sagrados no era más que una leyenda para ella. De aquellas llanuras donde los hombres pelean con leopardos ella no sabía ni jota. El espléndido continente al cual su piel la aliaba había sido extirpado de su memoria. Había sido privada de la historia, era una pura niña de la colonia. La colonia, blanca, imperiosa, la había protegido. Su mamá huyó con los marineros y su abuelita la cuidaba en un cuarto que solo tenía una cama cubierta con una cobija.

Su abuelita le dijo a Jeanne: "Yo nací en el barco donde mi madre murió y fue arrojada al mar. Los tiburones se la

comieron. Otra mujer, de otra nación, que acababa de dar a luz a un bebé muerto, me amamantó. No sé nada sobre mi padre ni dónde fui concebida, ni en qué costa, ni en qué circunstancias. Mi mamá adoptiva pronto murió de fiebre en la plantación. Fui destetada. Crecí.”

Sin embargo, Jeanne conservó una herencia negativa; si se trataba de que hiciera algo que no quería, si se trataba de deshacer aquella pequeña pepita de acero de su propia voluntad, que se expresaba como un letargo, se podía ver cómo había acabado con la paciencia de los misioneros y heredado ya ni siquiera autocompasión, sino solamente los veintinueve azotes permitidos legalmente.

Su abuelita hablaba créole, *patois*²³, no sabía otro idioma, lo hablaba mal y se lo enseñó mal a Jeanne, quien hizo su mejor esfuerzo para convertirlo en buen francés cuando llegó a París y empezó a mezclarlo con creces pero lo hizo muy mal, pues empezó a mezclarlo con riquillos, no le puso el corazón. Era como si le hubieran cortado la lengua y le hubieran cosido otra que no ajustaba bien. Entonces se podría decir no tanto que Jeanne no entendía la lapidaria serenidad turbulenta de la poesía de su amante, sino que era una ofensa perpetua para ella. Él se la recitaba por horas y

²³ Patois. Palabra francesa sinónima de dialecto, pero afectando una categoría de lenguaje todavía inferior a éste. *Enciclopedia Universal Ilustrada*, EPASA-CALPE, S.A. Madrid, Tomo XLII p. 797.

ella se quejaba, se enojaba e irritaba porque la elocuencia de Baudelaire negaba el lenguaje de ella. La enmudecía, y su mudez era más profunda porque se manifestaba en un desagradable escándalo de recriminaciones y exigencias no gramaticales, las cuales no estaban dirigidas tanto hacia su amante - Jeanne le tenía mucho cariño - como a su propia condición, gran pedazo de chica negra ignorante, buena para nada: corrección, buena para una sola cosa, aunque las espiroquetas ya estuvieran excavando con esmero un hoyo en su médula espinal, mientras ella resistía el soberbio peso del olvido sobre su cabeza amazónica.

El más grandioso poeta de la soledad encontró a la perfecta extraña; el suyo era un encuentro hecho en el cielo. En lo más profundo, él debió haber sabido esto.

La diosa de su corazón, el ideal del poeta, yacía deslumbrante sobre la cama en una habitación tapizada tristemente de rojo y negro; a él le gustaba que ella hiciera un espectáculo de sí misma, que le proveyera un suntuoso festín a sus brillantes ojos, que eran siempre más grandes que su barriga.

Venus yace sobre la cama, esperando que el viento se levante: el albatros del color del hollín anhela la tormenta. ¡Un torbellino!

Conocía al albatros. Una concha de ostión la llevó completamente desnuda a través del Atlántico; Jeanne apretaba un enorme puño de rastas contra su monte púbico. Los albatros planeaban en las corrientes de aire de los fuertes vientos que los pequeños querubines negros soplaban para ella.

El albatros puede volar alrededor del mundo en ocho días, si se apega a los lugares con tormentas. Los marineros se dirigen a los enormes pájaros con nombres feos, como bobos o pajarracos, por la ridícula torpeza con que se mueven en la tierra, mas el viento, el viento es su elemento; tienen absoluto control de él.

Ahí abajo, muy abajo, donde el trasero del mundo se hace más estrecho otra vez, si se va lo suficiente lejos hacia el sur se alcanza otra vez el reino del frío perpetuo que empieza y termina nuestra experiencia en esta tierra, esas gamas de montañas de hielo donde el viento brama, sopla, aúlla y ruge y no hay gente, solamente el majestuoso pingüino con su gabardina como la tuya, papito, el pingüino querido, pero, a diferencia de ti, dominado por su hembra, y que balancea el precioso huevo sobre sus pies mientras su querida esposa sale y se divierte tanto como la Antártida se lo permite.

Si papito fuera como un pingüino, cuánto más felices seríamos; no hay lugar para dos albatros en esta casa.

El viento es el elemento del albatros justo como la vida doméstica es el del pingüino. En las latitudes de los cuarenta y cincuenta grados al sur, donde el clima es muy turbulento y los altos vientos soplan incesantemente del oeste al este entre las cimas más remotas de los continentes habitados y la pesadilla azul del inhabitable hielo, estas grandiosas aves planean con gozoso deleite, al sur, al lejano sur, tan lejano que invierte el sur irreal del bosque del perico del poeta y la esplendorosa playa; aquí abajo, en el bajo sur, solamente las flemáticas aves monocromáticas sin vuelo, forman la audiencia de los maravillosos meteoritos que viven en el corazón de la tormenta, como la burguesía, papito, bien sentados y en silencio con sus huevos en los pies observando a los artistas como cuando nosotros retamos a la muerte arriba de un alto trapecio.

La mujer y su amante esperan a que el viento se levante para dejar el deprimente departamento. Creen que pueden ascender y volar sobre él. Este viento será como aquél de un nuevo planeta.

El joven inhala el aroma del aceite de coco que ella se unta en el pelo para hacerlo brillar. Su agonizado

romanticismo transforma ese olor hogareño de la cocina caribeña en el perfume del aire de aquellas islas tropicales de las que él puede algunas veces convencerse de que son las tierras felices que añora. Su viva imaginación produce una alquímica sobre el olor saludable del sudor de ella, recién producido por el baile. Cree que el sudor de Jeanne huele a canela porque tiene especias en los poros. Cree que está hecha de un tipo de carne diferente de la suya.

Es esencial a la conexión de ambos que, si ella debe ponerse las prendas privadas de la desnudez, la sastreril gala de la joyería y el colorete, entonces él debe conservar los estorbos públicos masculinos propios del siglo diecinueve: su levita (exquisitamente cortada), camisa blanca (de seda pura, confeccionada en Londres), corbata color carmín e impecables pantalones. Hay más en 'Le Déjeuner sur l'Herbe' de lo que se puede pensar. (Manet, otro de sus amigos.) El hombre actúa y se viste para ello; su piel es asunto suyo. Él es astuto, es la creación de la cultura. La mujer es y está, por lo tanto, completamente vestida sin nada de ropa, su piel es propiedad común, es un ser que pertenece a la naturaleza en una simplicidad carnal, que, él insiste, es el más abominable de los trucos.

Una vez, antes de que ella se convirtiera en concubina, él y un grupo de bohemios se las ingeniaron para raptársela a los clientes del cabaret, se la llevaron; primero protestaba, después lo tomó a risa y deambularon por las calles durante la madrugada; buscaban un lugar dónde llevar a su premio a tomar otro trago y ella orinó en la calle, justo ahí, sin avisar ni ir a un callejón para hacerlo; ni siquiera se soltó del brazo de él, se puso en cuclillas sobre la cuneta, abrió las piernas y orinó como si fuera la cosa más natural del mundo. ¡Oh, las inesperadas campanas chinas de esa cascada de líquido!

(En este punto, el Lázaro de él se levantó y tocó sin pedírselo la puerta del ataúd del pantalón del poeta.)

Jeanne se arremangó la falda con la otra mano, al mismo tiempo que caminaba a través del charco que había dejado, así que él vio donde ella se salpicó las medias blancas a la altura del tobillo. Le pareció a su aterrada sensibilidad exacerbada que el líquido era una especie de ácido corporal que quemaba el algodón tejido, disolvía su fondo, su corsé, su blusón, el vestido que usaba, su chaqueta, así que ahora ella caminaba al lado de él como un fetiche ambulante, salvaje, obsceno, terrible.

Él siempre usaba guantes de cabritilla color palo de rosa que le ajustaban tan bien como los guantes que usaran los ginecólogos. Observándolo jugar con su pelo, Jeanne tranquilamente recordaba a una amiga pelirroja del cabaret quien había tenido una breve temporada de aprendiz en un burdel pero que se había retirado de la profesión después de haber descubierto que una proporción significativa de sus clientes no querían otra cosa de ella más que permiso para eyacular sobre su magnífica melena digna de Tiziano. (Cómo se reían las chicas de eso.) La pelirroja pensaba que, en general, este desastroso asunto era menos desagradable y más higiénico que las relaciones sexuales regulares pero significaba que tenía que lavarse el pelo con tanta frecuencia que su culminante - de hecho ella era bizca - y única gloria era desprovista de sus aceites esenciales naturales. Vendedora y mercancía en uno, una prostituta es su propia inversión en el mundo así que tiene que cuidarse; la pelirroja bizca sugirió a Jeanne no tomar riesgos despilfarrando su capital tan imprudentemente, pero Jeanne nunca tuvo ese temperamento de vendedora; no sentía que ella se perteneciera a sí misma y entonces se entregaba a todo el mundo excepto al poeta, por quien ella tenía mucho respeto como para ofrecer ese regalo ambivalente por nada.

-“Haz que se me pare”-, dijo el poeta.

"Los albatros son famosos por sus sorprendentes conductas de apareamiento que realizan durante toda la temporada de reproducción. Éstas incluyen bailes grotescos y torpes, acompañados de caravanas, crujidos, rompimiento de picos y prolongados graznidos nasales."

Aves del Mundo, Oliver L. Austin Jr.

Los albatros no son muy grandes constructores de nidos. Una leve grieta en el piso les basta. O pueden hacer un hueco en una pequeña pila de lodo. Harán solamente la más escuálida concesión a la tierra. Él imaginaba la cama de ellos, nido de albatros, como un tipo de residencia fugaz en la cual el Destino, la más grandiosa de todas las fuerzas, había encerrado a estas dos extrañas aves juntas. En este exilio transitorio, todo es posible.

-“Jeanne, haz que se me pare”-.

¡Para este tipo, nada es sencillo! Para coger, él lleva a cabo un acto digno de la Comedia Francesa, creando una obra de cinco actos con intermedios absurdos y otros pasajes que podrían hacer llorar a cualquiera y, después de todo, sí que llora, está apenado, habla de su madre, pero Jeanne no puede recordar a su propia madre y su abuelita la cambió por un par de botellas con una compañera de a bordo, un trato del cual su abuelita decía estar satisfecha porque Jeanne ya se estaba metiendo en problemas, ya su ropa no le quedaba y comía muchísimo.

Mientras habían estado desentrañando juntos la historia del pecado, el fuego se apagó; también, la pequeña, blanca y brillante luna de invierno en la esquina superior izquierda del vidrio superior izquierdo perteneciente al grupo de los pocos cristales transparentes con que contaba el ventanal, había completado la parte final de su bajo arco por el cielo oscuro, acompañada de su estrella satélite. Mientras Jeanne estoicamente se empeñaba en darle placer a su amante, como si él fuera su viñedo, construyendo un tesoro en el cielo de su gran esfuerzo no agradecido, la luna y la estrella llegaron juntas a la parte inferior derecha del vidrio del ventanal.

Si la pudieran ver, si no estuviera tan oscuro, parecería la víctima de un robo; sus ojos despojados son como abismos; a pesar de ello, lo estrechará contra su seno y lo consolará por hacerle entrega, con repulsión, los rastros de vulgar humanidad que él había dejado dentro del cuerpo de ella, por lo cual él la acusa amargamente, por el cual él la glorificará, premiándola con la eternidad prometida por el poeta.

La luna y la estrella se desvanecen.

Nadar dice que la vio más o menos un año después. Baudelaire murió sordo, mudo y paralizado. El poeta, finalmente, ya tan ajeno a sí mismo que, en los últimos meses antes de que la

enfermedad triunfara sobre él, cuando se vio reflejado en el espejo, se inclinó cortésmente, como ante un extraño. Le dijo a su madre que se asegurara de que Jeanne fuera protegida, pero su madre no le dio nada. Nadar dice que la vio caminando con dificultad con unas muletas por el pavimento hacia la tienda de copitas; ya no tenía dientes, llevaba puestos unos harapos en su cabeza pero se podía apreciar que su hermoso pelo se le había caído. Su cara aterrorizaba a los niños. Nadar no se detuvo a hablarle.

El barco zarpó a Martinica.

Se pueden comprar dientes, ya se sabe, se puede comprar pelo. Las mejores pelucas se hacen con rizos que le cortan a las monjas de los conventos.

El hombre que se hacía llamar su hermano, quizás ellos eran hijos de la misma madre, ¿por qué no? Ella no tenía ni la más remota idea de lo que había pasado con su madre y este hipotético, muy amarillo, medio hermano apareció justo a tiempo para tomar control de sus finanzas desordenadas con la habilidad de un empresario nato, pudo haber sido Mefistófeles, pero a ella no le importaba. Su hermano. Ellos salvaron lo que el poeta logró enviar a escondidas a Jeanne mientras él moría, cuando su madre no se daba cuenta.

Cincuenta francos para Jeanne aquí; treinta francos para Jeanne allá. Todo sumado.

Jeanne estaba sorprendida de saber lo valiosa que era.

Sumado a esto la venta de un manuscrito o dos, los que no había usado para encender sus cigarrillos negros. Algunos libros, especialmente los que tenían floridas dedicatorias. La venta de unas mancuernillas y de un cajón lleno de guantes de cabritilla rosas, casi nuevos. Su hermano sabía en dónde deshacerse de ellos. Más tarde, cualquier colección de recuerdos del poeta, hasta sus dibujos cursis, valdría una sorprendente suma. Dejaron un portafolio, con un agente emprendedor.

Portando un vestido nuevo color negro polilla, su cara hasta cierto punto devastada pero cuidadosamente reparada, parcialmente oculta por un velo halagador, Jeanne viajó de Europa en un barco al Caribe como una viuda respetable y todavía no cumplía los cincuenta años, después de todo. Pudo haber sido la esposa criolla de un sirviente civil estableciendo una casa después de la muerte de éste.

Su hermano fue primero a buscar la propiedad que iban a comprar.

Su viaje no fue interrumpido por ningún albatros. Jeanne nunca pensó en la ruta de los esclavos, a menos que fuera para comparar el cruce de su abuela con el suyo, uno cómodo. Se podría decir que Jeanne se había encontrado a sí misma; tenía los pies sobre la tierra, y con la ayuda de su bastón de marfil, caminaba perfectamente bien sobre él. El aire del mar le hizo bien. Decidió dejar el ron, salvo por un dedito (lo último que hacía de noche) después de que las cuentas estuvieran completas.

Véanla ahora, en sus años de deterioro, todas las mañanas vestida de decente negro, apoyándose un poco en su bastón con majestuosidad como sólo quien se ha escapado de la boca del león puede hacerlo. Sale de la encantadora casa con su veranda cubierta de vid; '¡Buenos días, Señora Duval!' la saluda el servil jardinero. Qué dulce suena eso. Jeanne lleva al banco las ganancias de anoche. 'Muchas gracias, Señora Duval.' En cuanto le encontró sabor a la situación, se convirtió en una glotona por cortesía.

Hasta que al fin, en la extrema vejez, Jeanne sucumbió al dolor en sus huesos y un cortejo de niñas afligidas la llevaron al panteón, continuará repartiendo, a los más privilegiados de la administración de la colonia, a un precio no excesivo, la auténtica, la verdadera sífilis baudeleriana.

BIBLIOGRAFIA

Baudelaire, Carlos. (2001). *Las Flores del Mal*, Editorial Porrúa. México.

Berger, John. (1985). *Ways of Seeing*. British Broadcasting Corporation and Penguin Books.

Carter, Angela. *Black Venus*. Chatto & Windus the Hogarth Press London. 1985.

Genette, Gérard. (1982). *Palimpsests Literature in the Second Degree*. (The University of Nebraska Press, Trans. 1997) Editions du Seuil.

Manfred, Jahn. Narratology: A Guide to the Theory of Narrative. English Department. University of Cologne. (28, May, 2005) <http://www.uni-koeln.de/~ame02/pppn.htm> (Visited 17, Feb., 2005)

Nida, Eugene A. and Charles R. Taber. (1969). *The Theory and Practice of Translation*, Leiden: Brill.

Schulte, R. & Biguenet, J. (Eds). (1992). *Theories of Translation, An Anthology of Essays from Dryden to Derrida*, The University of Chicago Press.

Black Venus

Sad; so sad, those smoky-rose, smoky-mauve evenings of late Autumn, sad enough to pierce the heart. The sun departs the sky in winding sheets of gaudy cloud; anguish enters the city, a sense of the bitterest regret, a nostalgia for things we never knew, anguish of the turn of the year, the time of impotent yearning, the inconsolable season. In America, they call it 'the Fall', bringing to mind the Fall of Man, as if the fatal drama of the primal fruit-theft must recur again and again, with cyclic regularity, at the same time of every year that schoolboys set out to rob orchards, invoking, in the most everyday image, any child, every child, who, offered the choice between virtue and knowledge, will always choose knowledge, always the hard way. Although she does not know the meaning of the word, 'regret', the woman sighs, without any precise reason.

Soft twists of mist invade the alleys, rise up from the slow river like exhalations of an exhausted spirit, seep in through the cracks in the window frames so that the contours of their high, lonely apartment waver and melt. On these evenings, you see everything as though your eyes are going to lapse to tears.

She sighs.

The custard-apple of her stinking Eden she, this forlorn Eve, bit – and was all at once transported here, as in a dream; and yet she is a *tabula rasa*, still. She never experienced her experience *as* experience, life never added to the sum of her knowledge; rather, subtracted from it. If you start out with nothing, they'll take even that away from you, the Good Book says so.

Indeed, I think she never bothered to bite any apple at all. She wouldn't have known what knowledge was *for*, would she? She was in neither a state of innocence nor a state of grace. I will tell you what Jeanne was like.

She was like a piano in a country where everyone has had their hands cut off.

On these sad days, at those melancholy times, as the room sinks into

dusk, he, instead of lighting the lamp, fixing drinks, making all cosy, will ramble on: 'Baby, baby, let me take you back where you belong, back to your lovely, lazy island where the jewelled parrot rocks on the enamel tree and you can crunch sugar-cane between your strong, white teeth, like you did when you were little, baby. When we get there, among the lilting palm-trees, under the purple flowers, I'll love you to death. We'll go back and live together in a thatched house with a veranda over-grown with flowering vine and a little girl in a short white frock with a yellow satin bow in her kinky pigtail will wave a huge feather fan over us, stirring the languishing air as we sway in our hammock, this way and that way . . . the ship, the ship is waiting in the harbour, baby. My monkey, my pussy-cat, my pet . . . think how lovely it would be to live there . . .'

But, on these days, nipped by frost and sulking, no pet nor pussy she; she looks more like an old crow with rusty feathers in a miserable huddle by the smoky fire which she pokes with spiteful sticks. She coughs and grumbles, she is always chilly, there is always a draught gnawing the back of her neck or pinching her ankles.

Go, where? Not *there!* The glaring yellow shore and harsh blue sky daubed in crude, unblended colours squeezed directly from the tube, where the perspectives are abrupt as a child's drawing, your eyes hurt to look. Fly-blown towns. All there is to eat is green bananas and yams and a brochette of rubber goat to chew. She puts on a theatrical shudder, enough to shake the affronted cat off her lap. She hates the cat, anyway. She can't look at the cat without wanting to strangle it. She would like a drink. Rum will do. She twists a flute of discarded manuscript from the waste-paper basket into a spill for her small, foul, black cheroot.

Night comes in on feet of fur and marvellous clouds drift past the windows, those spectral clouds of the night sky that are uncannily visible when no light is there. The whim of the master of the house has not let the windows alone; he had all the panes except the topmost ones replaced with frosted glass so that the inmates could pursue an uninterrupted view of the sky as if they were living in the gondola of a balloon such as the one in which his friend Nadar made triumphant ascents.

At the inspiration of a gust of wind such as now rattles the tiles above us, this handsome apartment with its Persian rugs, its walnut table off which the Borgias served poisons, its carved armchairs from whose

bulbous legs grin and grimace cinquecento faces, the crust of fake Tintoretto on the walls (he's an indefatigable connoisseur, if, as yet, too young to have that sixth sense that tells you when you're being conned) – at the invitation of the mysterious currents of the heavens, this well-appointed cabin will loose its moorings in the street below and take off, depart, whisk across the dark vault of the night, tangling a stillborn, crescent moon in its ropes, nudging a star at lift-off, and will deposit us –

'No!' she said. 'Not the bloody parrot forest! Don't take me on the slavers' route back to the West Indies, for godsake! And let the bloody cat out, before it craps on your precious Bokhara!'

They have this in common, neither has a native land, although he likes to pretend she has a fabulous home in the bosom of a blue ocean, he will force a home on her whether she's got one or not, he cannot believe she is as dispossessed as he is . . . Yet they are only at home together when contemplating flight; they are both waiting for the wind to blow that will take them to a miraculous elsewhere, a happy land, far, far away, the land of delighted ease and pleasure.

After she's got a drink or two inside her, however, she stops coughing, grows a bit more friendly, will consent to unpin her hair and let him play with it, the way he likes to. And, if her native indolence does not prove too much for her – for she is capable of sprawling, as in a vegetable trance, for hours, for days, in the dim room by the smoky fire – nevertheless, she will sometimes lob the butt of her cheroot in the fire and be persuaded to take off her clothes and dance for Daddy who, she will grudgingly admit when pressed, is a good Daddy, buys her pretties, allocates her the occasional lump of hashish, keeps her off the street.

Nights of October, of frail, sickle moons, when the earth conceals the shining accomplice of assassins in its shadow, to make everything all the more mysterious – on such a night, you could say the moon was black.

This dance, which he wanted her to perform so much and had especially devised for her, consisted of a series of voluptuous poses one following another; private-room-in-a-bordello stuff but tasteful, he preferred her to undulate rhythmically rather than jump about and shake a leg. He liked her to put on all her bangles and beads when she did her dance, she dressed up in the set of clanking jewellery he'd given her, paste, nothing she could sell or she'd have sold it. Meanwhile, she

hummed a Créole melody, she liked the ones with ribald words about what the shoemaker's wife did at Mardi Gras or the size of some fisherman's legendary tool but Daddy paid no attention to what song his siren sang, he fixed his quick, bright, dark eyes upon her decorated skin as if, sucker, authentically entranced.

'Sucker!' she said, almost tenderly, but he did not hear her.

She cast a long shadow in the firelight. She was a woman of immense height, the type of those beautiful giantesses who, a hundred years later, would grace the stages of the Crazy Horse or the Casino de Paris in sequin cache-sexe and tinsel pasties, divinely tall, the colour and texture of suede. Josephine Baker! But vivacity, exuberance were never Jeanne's qualities. A slumbrous resentment of anything you could not eat, drink or smoke, i.e. burn, was her salient characteristic. Consumption, combustion, these were her vocations.

She sulked sardonically through Daddy's sexy dance, watching, in a bored, fascinated way, the elaborate reflections of the many strings of glass beads he had given her tracking about above her on the ceiling. She looked like the source of light but this was an illusion; she only shone because the dying fire lit his presents to her. Although his regard made her luminous, his shadow made her blacker than she was, his shadow could eclipse her entirely. Whether she had a good heart or not underneath, is anybody's guess; she had been raised in the School of Hard Knocks and enough hard knocks can beat the heart out of anybody.

Though Jeanne was not prone to introspection, sometimes, as she wriggled around the dark, buoyant room that tugged at its moorings, longing to take off on an aerial quest for that Cythera beloved of poets, she wondered what the distinction was between dancing naked in front of *one* man who paid and dancing naked in front of a group of men who paid. She had the impression that, somewhere in the difference, lay morality. Tutors in the School of Hard Knocks, that is, other chorus girls in the cabaret, where, in her sixteenth summer, she had tunelessly croaked these same Créole ditties she now hummed, had told her there was all the difference in the world and, at sixteen, she could conceive of no higher ambition than to be kept; that is, kept off the streets. Prostitution was a question of number; of being paid by more than one person at a time. That was bad. She was not a bad girl. When she slept with anyone else but Daddy, she never let them pay. It was a matter of honour. It was a question of fidelity. (In these ethical surmises slum-

bered the birth of irony although her lover assumed she was promiscuous because she *was* promiscuous.)

Now, however, after a few crazy seasons in the clouds with him, she sometimes asked herself if she'd played her cards right. If she was going to have to dance naked to earn her keep, anyway, why shouldn't she dance naked for hard cash in hand and earn enough to keep herself? Eh? Eh?

But then, the very thought of organising a new career made her yawn. Dragging herself around madames and music halls and so on; what an effort. And how much to ask? She had only the haziest notion of her own use value.

She danced naked. Her necklaces and earrings clinked. As always, when she finally got herself up off her ass and started dancing, she quite enjoyed it. She felt almost warm towards him; her good luck he was young and handsome. Her bad luck his finances were rocky, the opium, the scribbling; that he . . . but, at 'that', she snapped her mind off.

Thinking resolutely of her good luck, she held out her hands to her lover, flashed her teeth at him – the molars might be black stumps, already, but the pointed canines still white as vampires' – and invited him to join in and dance with her. But he never would, never. Scared of muzzing his shirt or busting his collar or something, even if, when stoned, he would clap his hands to the rhythm. She liked it when he did that. She felt he was appreciating her. After a few drinks, she forgot the other thing altogether, although she guessed, of course. The girls told over the ghoulish litany of the symptoms together in the dressing-room in hushed, scared voices, peeking at the fortune-telling mirror and seeing, not their rosy faces, but their own rouged skulls.

When she was on her own, having a few drinks in front of the fire, thinking about it, it made her break out in a horrible hag's laughter, as if she were already the hag she would become enjoying a grim joke at the expense of the pretty, secretly festering thing she still was. At Walpurgisnacht, the young witch boasted to the old witch: 'Naked on a goat, I display my fine young body.' How the old witch laughed! 'You'll rot!' I'll rot, thought Jeanne, and laughed. This cackle of geriatric cynicism ill became such a creature made for pleasure as Jeanne, but was pox not the emblematic fate of a creature made for pleasure and the price you paid for the atrocious mixture of corruption and innocence this child of the sun brought with her from the Antilles?

For herself, she came clean, arrived in Paris with nothing worse than scabies, malnutrition and ringworm about her person. It was a bad joke, therefore, that, some centuries before Jeanne's birth, the Aztec goddess, Nanahuatzin, had poured a cornucopia of wheelchairs, dark glasses, crutches and mercury pills on the ships of the conquistadores as they took their spoiled booty from the New World to the Old; the raped continent's revenge, perpetrating itself in the beds of Europe. Jeanne innocently followed Nanahuatzin's trail across the Atlantic but she brought no erotic vengeance – she'd picked up the germ from the very first protector. The man she'd trusted to take her away from all that, enough to make a horse laugh, except that she was a fatalist, she was indifferent.

She bent over backwards until the huge fleece of a black sheep, her unfastened hair, spilled on to the Bokhara. She was a supple acrobat; she could make her back into a mahogany rainbow. (Notice her big feet and huge, strong hands, capable enough to have been a nurse's hands.) If he was a connoisseur of the beautiful, she was a connoisseur of the most exquisite humiliations but she had always been too poor to be able to afford the luxury of acknowledging a humiliation as such. You took what came. She arched her back so much a small boy could have run under her. Her reversed blood sang in her ears.

Upside down as she was, she could see, in the topmost right-hand window-pane he had left unfrosted, the sickle moon, precise as if pasted on the sky. This moon was the size of a broad nail-paring; you could see the vague outline of the rest of its surface, obscured by the shadow of the earth as if the earth were clenched between the moon's shining claw-tips, so you could say the moon held the world in its arms. An exceptionally brilliant star suspended from the nether prong on a taut, invisible leash.

The basalt cat, the pride of the home, its excretory stroll along the quai concluded, now whined for readmittance outside the door. The poet let Puss in. Puss leapt into his waiting arms and filled the apartment with a happy purr. The girl plotted to strangle the cat with her long, agile toes but, indulgent from the exercise of her sensuality, she soon laughed to see him loving up the cat with the same gestures, the same endearments, he used on her. She forgave the cat for its existence; they had a lot in common. She released the bow of her back with a twang and plumped on the rug, rubbing her stretched tendons.

He said she danced like a snake and she said, snakes can't dance:

they've got no legs, and he said, but kindly, you're an idiot, Jeanne; but she knew he'd never so much as *seen* a snake, nobody who'd seen a snake move – that quick system of transverse strikes, lashing itself like a whip, leaving a rippling snake in the sand behind it, terribly fast – if he'd seen a snake move, he'd never have said a thing like that. She huffed off and contemplated her sweating breasts; she would have liked a bath, anyway, she was a little worried about a persistent vaginal discharge that smelled of mice, something new, something ominous, something horrid. But: no hot water, not at this hour.

'They'll bring up hot water if you pay.'

His turn to sulk. He took to cleaning his nails again.

'You think I don't need to wash because I don't show the dirt.'

But, even as she launched the first darts of a shrew's assault that she could have protracted for a tense, scratchy hour or more, had she been in the mood, she lost the taste for it. She was seized with sudden indifference. What does it matter?—we're all going to die; we're as good as dead already. She drew her knees up to her chin and crouched in front of the fire, staring vacantly at the embers. Her face fixed in sullen resentment. The cat drew silently alongside, as if on purpose, adding a touch of satanic glamour, so you could imagine both were having silent conversations with the demons in the flames. As long as the cat left her alone, she let it alone. They were alone together. The quality of the separate self-absorptions of the cat and the woman was so private that the poet felt outmanoeuvred and withdrew to browse in his bookshelves, those rare, precious volumes, the jewelled missals, the incunabula, those books acquired from special shops that incurred damnation if you so much as opened the covers. He cherished his arduously aroused sexuality until she was prepared to acknowledge it again.

He thinks she is a vase of darkness; if he tips her up, black light will spill out. She is not Eve but, herself, the forbidden fruit, and he has eaten her!

Weird goddess, dusky as night,
 reeking of musk smeared on tobacco,
 a shaman conjured you, a Faust of the savannah,
 black-thighed witch, midnight's child.

Indeed, the Faust who summoned her from the abyss of which her eyes retain the devastating memory must have exchanged her presence for his soul; black Helen's lips suck the marrow from the poet's spirit,

although she wishes to do no such thing. Apart from her meals and a few drinks, she is without many conscious desires. If she were a Buddhist, she would be halfway on the road to sainthood because she wants so little, but, alas, she is still pricked by needs.

The cat yawned and stretched. Jeanne woke from her trance. Folding another spill out of a dismantled sonnet to ignite a fresh cheroot, her bib of cut glass a-jingle and a-jangle, she turned to the poet to ask, in her inimitable half-raucous, half-caressing voice, voice of a crow reared on honey, with its dawdling accent of the Antilles, for a little money.

Nobody seems to know in what year Jeanne Duval was born, although the year in which she met Charles Baudelaire (1842) is precisely logged and the biographies of his other mistresses, Aglaé-Josephine Sabatier and Marie Daubrun, are well documented. Besides Duval, she also used the names Prosper and Lemer, as if her name was of no consequence. Where she came from is a problem; books suggest Mauritius, in the Indian ocean, or Santo Domingo, in the Caribbean, take your pick of two different sides of the world. (Her *pays d'origine* of less importance than it would have been had she been a wine.) Mauritius looks like a shot in the dark based on the fact that Baudelaire spent some time on that island during his abortive trip to India in 1841. Santo Domingo, Columbus' Hispaniola, now the Dominican Republic, a troubled history, borders upon Haiti. Here Toussaint L'Ouverture led a successful slave revolt against French plantation owners at the time of the French Revolution.

Although slavery had been abolished without debate throughout the French possessions by the National Assembly in 1794, it was reimposed in Martinique and Guadeloupe – though not in Haiti – by Napoleon. These slaves were not finally emancipated until 1848. However, African mistresses of French residents were often manumitted, together with their children, and intermarriage was by no means a rare occurrence. A middle-class Créole population grew up; to this class belonged the Josephine who became Empress of the French on her marriage to the same Napoleon.

It is unlikely that Jeanne Duval belonged to this class if, in fact, she came from Martinique, which, since she seems to have been Francophone, remains a possibility.

He made a note in 'Mon Coeur Mis à Nu': 'Of the People's hatred of

Beauty. Examples: Jeanne and Mme Muller.' (Who was Mme Muller?)

Kids in the street chucked stones at her, she so tall and witchy and, when she was pissed, teetering along with the vulnerable, self-conscious dignity of the drunk which always invites mockery, and, always, she held her bewildered head with its enormous, unravelling cape of hair as proudly as if she were carrying upon it an enormous pot full of all the waters of Lethe. Maybe he found her crying because the kids in the street were chucking stones at her, calling her a 'black bitch' or worse and spattering the beautiful white flounces of her crinoline with handfuls of tossed mud they scooped from the gutters where they thought she belonged because she was a whore who had the nerve to sashay to the corner shop for cheroots or *ordinaire* or rum with her nose stuck up in the air as if she were the Empress of all the Africas.

But she was the deposed Empress, royalty in exile, for, of the entire and heterogeneous wealth of all those countries, had she not been dispossessed?

Robbed of the bronze gateways of Benin; of the iron breasts of the amazons of the court of the King of Dahomey; of the esoteric wisdom of the great university of Timbuktu; of the urbanity of glamorous desert cities before whose walls the horsemen wheel, welcoming the night on trumpets twice the length of their own bodies. The Abyssinia of black saints and holy lions was not even so much as a legend to her. Of those savannahs where men wrestle with leopards she knew not one jot. The splendid continent to which her skin allied her had been excised from her memory. She had been deprived of history, she was the pure child of the colony. The colony – white, imperious – had fathered her. Her mother went off with the sailors and her granny looked after her in one room with a rag-covered bed.

Her granny said to Jeanne: 'I was born in the ship where my mother died and was thrown into the sea. Sharks ate her. Another woman of some other nation who had just still-born suckled me. I don't know anything about my father nor where I was conceived nor on what coast nor in what circumstances. My foster-mother soon died of fever in the plantation. I was weaned. I grew up.'

Nevertheless, Jeanne retained a negative inheritance; if you tried to get her to do anything she didn't want to, if you tried to erode that little steely nugget of her free will, which expressed itself as lethargy, you could see how she had worn away the patience of the missionaries and so come to inherit, not even self-pity, only the twenty-nine legally

permitted strokes of the whip.

Her granny spoke Créole, patois, knew no other language, spoke it badly and taught it badly to Jeanne, who did her best to convert it into good French when she came to Paris and started mixing with swells but made a hash of it, her heart wasn't in it, no wonder. It was as though her tongue had been cut out and another one sewn in that did not fit well. Therefore you could say, not so much that Jeanne did not understand the lapidary, troubled serenity of her lover's poetry but, that it was a perpetual affront to her. He recited it to her by the hour and she ached, raged and chafed under it because his eloquence denied her language. It made her dumb, a dumbness all the more profound because it manifested itself in a harsh clatter of ungrammatical recriminations and demands which were not directed at her lover so much — she was quite fond of him — as at her own condition, great gawk of an ignorant black girl, good for nothing: correction, good for only one thing, even if the spirochetes were already burrowing away diligently at her spinal marrow while she bore up the superb weight of oblivion on her Amazonian head.

The greatest poet of alienation stumbled upon the perfect stranger; theirs was a match made in heaven. In his heart, he must have known this.

The goddess of his heart, the ideal of the poet, lay resplendently on the bed in a room morosely papered red and black; he liked to have her make a spectacle of herself, to provide a sumptuous feast for his bright eyes that were always bigger than his belly.

Venus lies on the bed, waiting for a wind to rise: the sooty albatross hankers for the storm. Whirlwind!

She was acquainted with the albatross. A scallop-shell carried her stark naked across the Atlantic; she clutched an enormous handful of dreadlocks to her pubic mound. Albatrosses hitched glides on the gales the wee black cherubs blew for her.

The Albatross can fly around the world in eight days, if only it sticks to the stormy places. The sailors call the huge birds ugly names, goonies, mollyhawks, because of their foolish clumsiness on the ground but wind, wind is their element; they have absolute mastery of it.

Down there, far down, where the buttocks of the world slim down again, if you go far south enough you reach again the realm of perpetual cold that begins and ends our experience on this earth, those ranges of ice mountains where the bull-roaring winds bay and bellow and no people are, only the stately penguin in his frock coat not unlike yours, Daddy, the estimable but, unlike you, uxorious penguin who balances the precious egg on his feet while his dear wife goes out and has as good a time as the Antarctic may afford.

If Daddy were like a penguin, how much more happy we should be; there isn't room for two albatrosses in *this* house.

Wind is the element of the albatross just as domesticity is that of the penguin. In the 'Roaring Forties' and 'Furious Fifties', where the high winds blow ceaselessly from west to east between the remotest tips of the inhabited continents and the blue nightmare of the uninhabitable ice, these great birds glide in delighted glee, south, far south, so far south it inverts the notional 'south' of the poet's parrot-forest and glittering beach; down here, down south, only the phlegmatic monochrome, flightless birds form the audience for the wonderful *aerialistes* who live in the heart of the storm — like the bourgeoisie, Daddy, sitting good and quiet with their eggs on their feet watching artistes such as we dare death upon the high trapeze.

The woman and her lover wait for the rising of the wind upon which they will leave the gloomy apartment. They believe they can ascend and soar upon it. This wind will be like that from a new planet.

The young man inhales the aroma of the coconut oil which she rubs into her hair to make it shine. His agonised romanticism transforms this homely odour of the Caribbean kitchen into the perfume of the air of those tropical islands he can sometimes persuade himself are the happy lands for which he longs. His lively imagination performs an alchemical alteration on the healthy tang of her sweat, freshly awakened by dancing. He thinks her sweat smells of cinnamon because she has spices in her pores. He thinks she is made of a different kind of flesh than his.

It is essential to their connection that, if she should put on the private garments of nudity, its non-sartorial regalia of jewellery and rouge, then he himself must retain the public nineteenth-century masculine impedimenta of frock coat (exquisitely cut); white shirt (pure silk, London tailored); oxblood cravat; and impeccable trousers. There's

more to 'Le Déjeuner sur l'Herbe' than meets the eye. (Manet, another friend of his.) Man does and is dressed to do so; his skin is his own business. He is artful, the creation of culture. Woman is; and is, therefore, fully dressed in no clothes at all, her skin is common property, she is a being at one with nature in a fleshly simplicity that, he insists, is the most abominable of artifices.

Once, before she became a kept woman, he and a group of Bohemians contrived to kidnap her from her customers at the cabaret, spirited her, at first protesting, then laughing, off with them, and they'd wandered along the streets in the small hours, looking for a place to take their prize for another drink and she urinated in the street, right there, didn't announce it; nor go off into an alley to do it on her own; she did not even leave go his arm but straddled the gutter, legs apart, and pissed as if it was the most natural thing in the world. Oh, the unexpected Chinese bells of that liquid cascade!

(At which point, his Lazarus arose and knocked unbidden on the coffin-lid of the poet's trousers.)

Jeanne hitched up her skirts with her free hand as she stepped across the pool she'd made, so that he saw where she had splashed her white stockings at the ankle. It seemed to his terrified, exacerbated sensibility that the liquid was a kind of bodily acid that burned away the knitted cotton, dissolved her petticoat, her stays, her chemise, the dress she wore, her jacket, so that now she walked beside him like an ambulant fetish, savage, obscene, terrifying.

He himself always wore gloves of pale pink kid that fitted as tenderly close as the rubber gloves that gynaecologists will wear. Watching him play with her hair, she tranquilly recollected a red-haired friend in the cabaret who had served a brief apprenticeship in a brothel but retired from the profession after she discovered a significant proportion of her customers wanted nothing more of her than permission to ejaculate into her magnificent Titian mane. (How the girls giggled over that.) The red-haired girl thought that, on the whole, this messy business was less distasteful and more hygienic than regular intercourse but it meant that she had to wash her hair so often that her crowning, indeed – she was a squint-eyed little thing – unique glory was stripped of its essential, natural oils. Seller and commodity in one, a whore is her own investment in the world and so she must take care of herself; the squinting red-head decided she dare not risk squandering her capital so recklessly but Jeanne never had this temperament of the tradesperson,

she did not feel she was her own property and so she gave herself away to everybody except the poet, for whom she had too much respect to offer such an ambivalent gift for nothing.

'Get it up for me,' said the poet.

'Albatrosses are famous for the courtship antics they carry on throughout the breeding season. These involve grotesque, awkward dancing, accompanied by bowing, scraping, snapping of bills, and prolonged nasal groans.'

Birds of the World, Oliver L. Austin Jnr

They are not great nest builders. A slight depression in the ground will do. Or, they might hollow out a little mound of mud. They will make only the most squalid concessions to the earth. He envisaged their bed, the albatross's nest, as just such a fleeting kind of residence in which Destiny, the greatest madame of all, had closeted these two strange birds together. In this transitory exile, anything is possible.

'Jeanne, get it up for me.'

Nothing is simple for this fellow! He makes a performance worthy of the Comédie Française out of a fuck, bringing him off is a five act drama with farcical interludes and other passages that could make you cry and, afterwards, cry he does, he is ashamed, he talks about his mother, but Jeanne can't remember her mother and her granny swapped her with a ship's mate for a couple of bottles, a bargain with which her granny said she was well satisfied because Jeanne was already getting into trouble and growing out of her clothes and ate so much.

While they had been untangling together the history of transgression, the fire went out; also, the small, white, shining, winter moon in the top left-hand corner of the top left-hand pane of the few sheets of clear glass in the window had, accompanied by its satellite star, completed the final section of its low arc over the black sky. While Jeanne stoically laboured over her lover's pleasure, as if he were her vineyard, she laying up treasure in heaven from her thankless toil, moon and star arrived together at the lower right-hand window-pane.

If you could see her, if it were not so dark, she would look like the victim of a robbery; her bereft eyes are like abysses but she will hold him to her bosom and comfort him for betraying to her in his self-disgust those trace elements of common humanity he has left inside her body, for which he blames her bitterly, for which he will glorify her,

awarding her the eternity promised by the poet.

The moon and star vanish.

Nadar says he saw her a year or so after, deaf, dumb and paralysed, Baudelaire died. The poet, finally, so far estranged from himself that, in the last months before the disease triumphed over him, when he was shown his reflection in a mirror, he bowed politely, as to a stranger. He told his mother to make sure that Jeanne was looked after but his mother didn't give her anything. Nadar says he saw Jeanne hobbling on crutches along the pavement to the dram-shop; her teeth were gone, she had a mammy-rag tied around her head but you could still see that her wonderful hair had fallen out. Her face would terrify the little children. He did not stop to speak to her.

The ship embarked for Martinique.

You can buy teeth, you know; you can buy hair. They make the best wigs from the shorn locks of novices in convents.

The man who called himself her brother, perhaps they *did* have the same mother, why not? She hadn't the faintest idea what had happened to her mother and this hypothetical, high-yellow, demi-sibling popped up in the nick of time to take over her disordered finances with the skill of a born entrepreneur – he might have been Mephistopheles, for all she cared. Her brother. They'd salted away what the poet managed to smuggle to her, all the time he was dying, when his mother wasn't looking. Fifty francs for Jeanne, here; thirty francs for Jeanne, there. It all added up.

She was surprised to find out how much she was worth.

Add to this the sale of a manuscript or two, the ones she hadn't used to light her cheroots with. Some books, especially the ones with the flowery dedications. Sale of cuff-links and drawerful upon drawerful of pink kid gloves, hardly used. Her brother knew where to get rid of them. Later, any memorabilia of the poet, even his clumsy drawings, would fetch a surprising sum. They left a portfolio with an enterprising agent.

In a new dress of black tussore, her somewhat ravaged but carefully repaired face partially concealed by a flattering veil, she chugged away from Europe on a steamer bound for the Caribbean like a respectable widow and she was not yet fifty, after all. She might have been the Créole wife of a minor civil servant setting off home after his death.

Her brother went first, to look out the property they were going to buy.

Her voyage was interrupted by no albatrosses. She never thought of the slavers' route, unless it was to compare her grandmother's crossing with her own, comfortable one. You could say that Jeanne had found herself; she had come down to earth, and, with the aid of her ivory cane, she walked perfectly well upon it. The sea air did her good. She decided to give up rum, except for a single tot last thing at night, after the accounts were completed.

See her, now, in her declining years, every morning in decent black, leaning a little on her stick but stately as only one who has snatched herself from the lion's mouth can be. She leaves the charming house, with its vine-covered verandah; 'Good morning, Mme Duval!' sings out the obsequious gardener. How sweet it sounds. She is taking last night's takings to the bank. 'Thank you so much, Mme Duval.' As soon as she had got her first taste of it, she became a glutton for deference.

Until at last, in extreme old age, she succumbs to the ache in her bones and a cortège of grieving girls takes her to the churchyard, she will continue to dispense, to the most privileged of the colonial administration, at a not excessive price, the veritable, the authentic, the true Baudelairean syphilis.

The lines on page 15 are translated from:

SED NON SATIATA

Bizarre déité, brune comme les nuits,
 Au parfum mélangé de musc et de havane,
 Oeuvre de quelque obi, le Faust de la savane,
 Sorcière au flanc d'ébène, enfant des noirs minuits,

Je préfère au constance, à l'opium, au nuits,
 L'élixir de ta bouche où l'amour se pavane;
 Quand vers toi mes désirs partent en caravane,
 Tes yeux sont la citerne où boivent mes ennuis.

Par ces deux grands yeux noirs, soupiraux de ton âme,
 Ô démon sans pitié! verse-moi moins de flamme;
 Je ne suis pas le Styx pour t'embrasser neuf fois,

Hélas! et je ne puis, Mégère libertine,
 Pour briser ton courage et te mettre aux abois,
 Dans l'enfer de ton lit devenir Proserpine!

Les Fleurs du Mal, Charles Baudelaire

BLACK VENUS

The other poems in *Les Fleurs du Mal* believed to have been written about Jeanne Duval, are often called the 'Black Venus cycle', and include: 'Les Bijoux', 'La Chevelure', 'Le Serpent qui danse', 'Parfum Exotique', 'Le Chat', 'Je t'adore à l'égal de la voûte nocturne', etc.